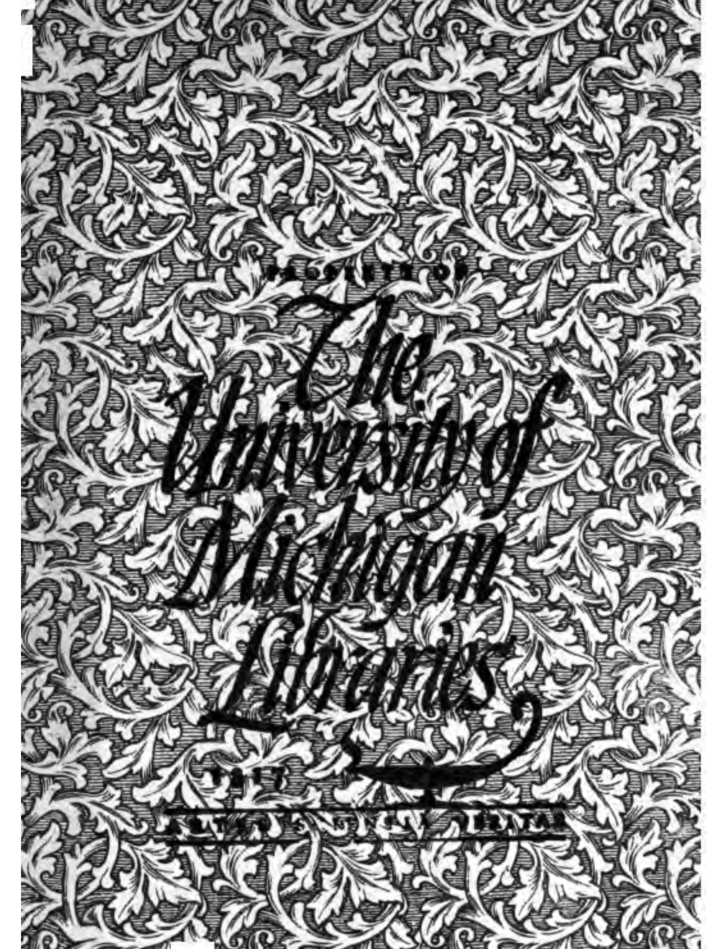
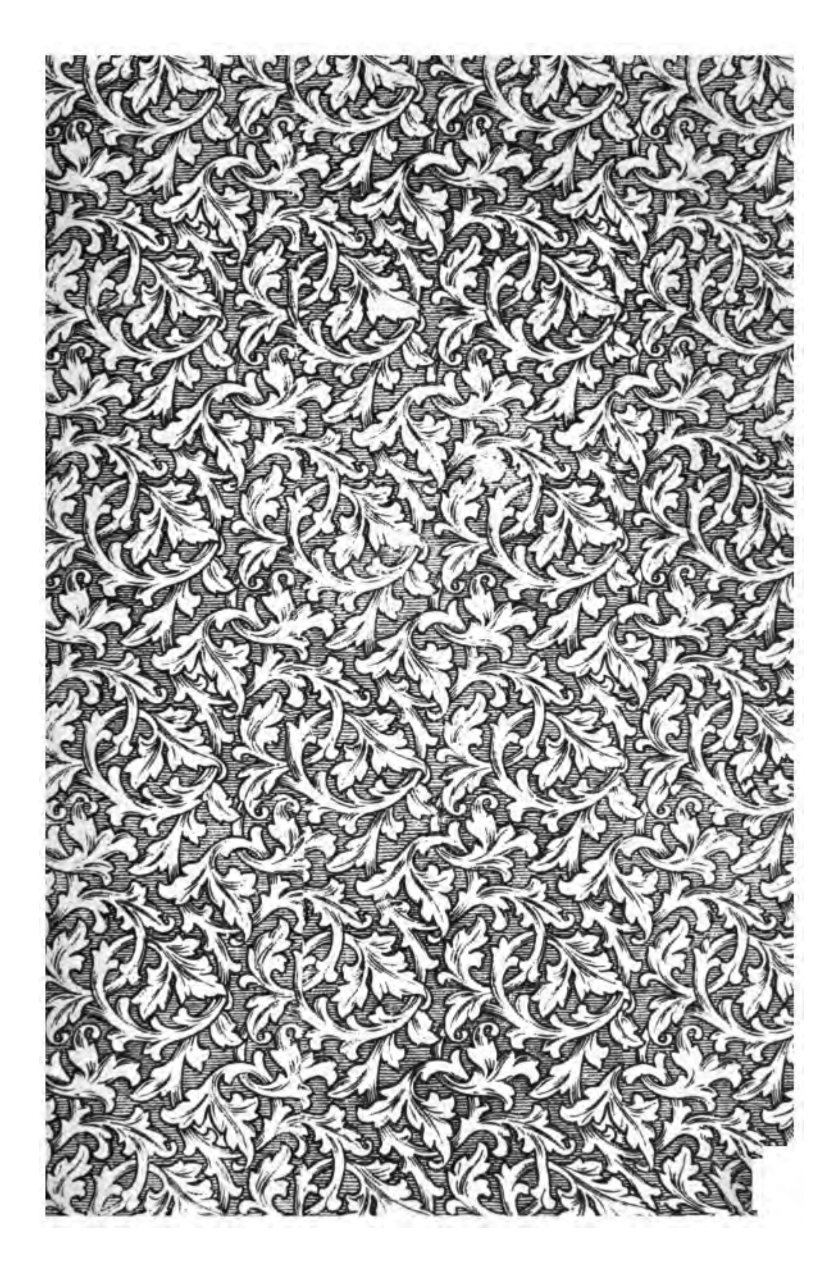

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS



CARTERA DE UN RECLUTA

EL GENERAL ARREDONDO

Y LA

REVOLUCION ORIENTAL

EPISODIOS Y COMENTARIOS



BUENOS AIRES

Agente: JUAN MANUEL PAREDA — Calle de Cuyo 106

1886



I

La bandera

Alistarse en las filas revolucionarias era un deber para todos los buenos orientales.

El esfuerzo supremo, la accion violenta á que tienen derecho los pueblos cuando los gobiernos se alzan contra la ley y atropellan descaradamente todos los intereses nacionales, era reclamado de consuno, y con creciente urgencia, por la nacion esquilmada, por la sociedad escarnecida y por todos los partidos políticos arrojados inícuamente de la escena que por razon legítima les corresponde. Ni el gobierno de Pedro Varela, con sus procedimientos ruinosos, ni Latorre con la sangre y el terror, han causado tanto mal, moral y materialmente, á

nuestro desgraciado país, como la dominacion humillante del ex-Gefe del 5°. de cazadores.

Máximo Santos encarna un sistema; y la base del sistema es horrible, porque descansa en el descenso moral, en el envilecimiento de los ciudadanos.

Latorre buscaba la prolongacion de su absolutismo persiguiendo y matando á los que juzgaba enemigos: Santos ha buscado igual cosa por medio de una corrupcion, que llegaria á ser una verdadera amenaza para la sociedad oriental, si la accion del pueblo no se hiciera sentir resueltamente. Los hechos hablan.

Ahí están, palpitantes todavía, ante los ojos de nuestra América, las circunstancias que precedieron la exaltacion de D. Máximo Santos á la Presidencia de la República.

La audacia del capitanejo ignorante concibió una ambicion exagerada, movióse esta al calor de innobles y antipatrióticos ejemplos, se desarrolló en las oscuridades de los cuarteles, creció en volúmen á medidas que se arrastraba entre el brillo de los uniformes, y, por último, llegó á engendrar la felo-

nia militar. La distancia entre el cálculo y la prueba, entre el soborno encubierto y la traicion declarada, fué acortada por acontecimientos imprevistos y la salvó una grosera pero oportuna zancadilla, que dió en tierra con un hombre debilitado ya por la impopularidad y á quien el propio peso de sus delitos estaba arrastrando al abismo.

El pueblo se sintió aliviado del peso que le traia fatigado y oprimido: pero al respirar libremente debió haber previsto que aquella libertad no podia ser duradera,—pues presentaba muchos puntos de analogía con la que disfruta el manso buey en el intérvalo que le cambian de yugo,—y en consecuencia debió haberse puesto de pié para rechazar la prepotencia de otro sable.

Santos, por su propia conservacion en el poder, debia continuar y continuó en parte la obra política de Latorre, su maestro, como mañana—si antes no lo impidieran las patrióticas indignaciones — cualquier otro mandon de casaca bordada, seguiria los mismos rumbos y emplearia los mismos medios indicados por sus antecesores.

Pero así no lo comprendieron los directores de la política iniciada entonces, y el pueblo, siempre cándido y crédulo, tomó como artículos de fé las palabras, promesas y juramentos de D. Máximo Santos, llegando en su lamentable error hasta considerar posible un movimiento electoral, libre de trabas é intervenciones oficiales.

Hasta las elecciones de 1880 duró este engaño. En esa época la descarada inscripcion de los soldados de línea en los Registros Cívicos, el apaleamiento de los indefensos ciudadanos que pretendian formar el Jurado de tachas; los empastelamientos de imprentas, las persecuciones, las amenazas y mil hechos de igual naturaleza disiparon las esperanzas del pueblo, volviéndolo á la triste realidad, de la cual no debió haber salido nunca, como no fuera para combatir con las armas en la mano.

A Santos, el espíritu mezquino, el traidor, el motinero, el enemigo alevoso, ¿qué le importaba una nueva deslealtad, un nuevo perjurio, si á costa de esto realizaba sus propósitos?....

El elemento sano del partido *colorado*,

iniciador de una campaña encaminada á modificar pacífica y favorablemente la situacion del país, se vió en el caso de repudiar enérgicamente á los que deshonraban el nombre de ese partido cometiendo á la sombra de su bandera toda clase de actos reprensibles y erigiendo en sistema de gobierno una práctica contraria, bajo todos conceptos, al principio fundamental de aquella colectividad política.

Los demás partidos—exceptuando una fraccion *b'anca* que cayó en la candidez de creer que Santos respetaria el pacto de Abril—abandonaron igualmente la escena, despues de haber hecho el último esfuerzo para reivindicar sus derechos, convencidos de que solo por medios violentos se podria derrocar lo que por medio de la violencia habia sido levantado.

Así hemos sufrido cinco años!....

Cómo se ha mantenido Santos en el poder?....

Los enormes déficits que hoy eclipsan el crédito de la nacion,—apesar del aumento de renta,—las deudas que la abruman, los negocios leoninos realizados en todas las

esferas, la inmensidad de grados militares, el escesivo lujo del ejército y el fausto sostenido por el cínico gobernante lo están diciendo en alta y clara voz.

Si la traicion y el crímen fueron la base de la elevacion de aquel oscuro militar, el escamoteo y despilfarro de los dineros públicos han servido para sostenerle en el poder.

Santos comprendió que estaba sobre un volcan de ambiciones, sin apoyo en la opinion y sin amigos en el mismo ejército; y para calmar estos múltiples y desordenados apetitos, para asegurarse la fuerza que debia sostenerle, abrió la caja del Estado, distribuyó el dinero á manos llenas, y no satisfecho con esto, proporcionó á sus allegados todos los medios de hacer fortuna, sin que por ello olvidara aquel refran castellano: *el que parte y reparte.....*

Pero los *negocios* se han ido acabando, el tesoro está arruinado, las deudas crecen como la espuma, la anarquía se siente en todas partes ... y sin embargo asoman nuevas ambiciones, y algunos jóvenes, atraidos por la corrupcion, han concurrido al

casi agotado festin, revolviéndose como gusanos en derredor de un descompuesto cadáver...!

Las finanzas santistas ofrecen un curioso fenómeno. Todos se han enriquecido menos el país: un nuevo sistema!

Los administradores han progresado de una manera fabulosa, mientras que la comunidad social ha caído en una completa ruina.

El derroche ha sido público; y ante los ojos de la sociedad ha desfilado el lujo guarango, pero costoso, de los asaltantes de la caja nacional.

Todos, desde el mas oscuro servidor de los elegidos, hasta el soberbio tiranuelo, han tenido el privilegio de colgar brillantes en la pechera y hacerse arrastrar en dorados vehículos, sin notar que con eso se hacian dignos de que el pueblo los colgára ó arrastrára á ellos, en cumplimiento de una santa justicia.

El oro ha desbordado para fomentar la corrupcion, y todos estos despilfarros que han dado término á la ruina empezada tiempo atrás, han *brillado* á la luz del dia

y hasta de ellos se ha hecho cínico alarde muchas veces.

Nuestra República, el país mas rico considerado del punto de vista de su estension territorial, que — apesar de la mala administracion — produce con exceso las rentas necesarias para costear su existencia, tiene hoy afectado su crédito en mas de setenta millones de pesos fuertes, cuando apenas lleva cincuenta y seis años de vida independiente!

Semejante monstruosidad solo se esplica por la existencia en el poder, desde hace diez ó doce años, de individuos notablemente preparados para alzarse con lo ageno, pero sin ninguna idea ni nocion de gobierno.

Este malestar financiero, creciendo siempre, llegó al último punto.

Los empleados nacionales estaban impagos desde hacia ocho ó diez meses; los maestros de escuela, las clases pasivas, las policias, los pensionistas, todos los que dependian del Estado se encontraban en la miseria. La grita era general y el Gobierno no podía satisfacer esas justas exigencias,

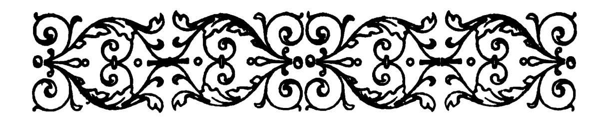
ni cumplir compromisos de un órden igualmente sagrado, porque habia invertido los recursos anuales en contentar malamente al militarismo que alli todo lo absorbe.

Para atender al pago de los intereses de la deuda externa habia tenido que esquilmar al país, haciéndole pagar dos veces en un mismo año el impuesto de Contribucion Directa, sublevando así el elemento que contribuye en primera línea á la marcha de la administracion pública.

Violadas todas las leyes, desconocida la Constitucion hasta en su principio sobre eleccion presidencial, sin justicia, sin garantias, sin derechos, ¿qué debia hacer el pueblo?

Su deber y su bandera estaban indicados.





II

Santos quiere la guerra

En el interior del país, fermentaba la indignacion pública, que era el despertar del patriotismo aletargado durante diez años. Se acentuaba el descontento, la miseria, la paralizacion del comercio y de las industrias, la emigracion de los capitales y del elemento inteligente, la ruina de la hacienda pública, la ebullicion de las ambiciones que se agitaban y que se agitan bajo los piés del mismo insensato gobernante; crecia la desesperacion de los pensionistas del Estado, etc., etc.

Del exterior llegaba, con el peso de las deudas, la humillacion que una justificada desconfianza trae en sí, la falta de crédito y

hasta el amago de una fuerte invasion por los que en tierra extraña lamentaban y lamentan aún las desgracias de la patria.

Cómo podia el General Santos conjurar esos peligros y evitar una guerra sangrienta?

La voz nacional se habia levantado para decirlo.

Le señaló al hombre que podia salvarle, salvar al país, y reconstruir en poco tiempo lo que los gobernantes con su rapiña y el pueblo con su indiferencia habian arruinado.

El aventurero despreciado y maldito podia aún reconciliarse con la sociedad injuriada y obtener el perdon moral de sus compatriotas! Pero Santos, extraviado por su vanidad, ensoberbecido, loco, pretendió perpetuarse en el mando; y en vez de calmar en parte la indignacion próxima á estallar, realizando en su vida un acto medianamente patriótico—irritó mas los ánimos, echó combustible á la hoguera que arde en todos los espíritus y provocó con su descarada y cínica ambicion la tormenta revolucionaria, que ennegrecia ya el horizonte.

Temía la rectitud de un hombre ho-

norable y buscó en la flexibilidad del hombre-guante, del mueble de goma, de D. Francisco Antonino Vidal,—el cómplice *seguro y probado*, que necesitaba para consumar su nuevo atentadó á la Constitucion y dar mayores vergüenzas á la patria! Sus criminosos planes se han realizado tal como fueron concebidos.... No era esto un nuevo bofeton aplicado en la mejilla de ese pueblo tantas veces injuriado por él?

Despues de haber escamoteado las libertades y dineros públicos, Máximo Santos queria enlutar á la sociedad provocando nuevamente la efusion de sangre preciosa!

Qué debia suceder?....

Todos los ciudadanos honrados y de accion, todos los elementos honestos de los diversos partidos políticos, empujados por la fuerza de las circunstancias, se fueron congregando en un mismo punto, aproximados por la identidad de nobles aspiraciones y por la igualdad de patrióticos propósitos.





III

El liberalismo de Santos

El gobierno del general Santos—como todo gobierno que se apoya en la fuerza de las armas y tiene por sistema la arbitrariedad—ha necesitado dar al pueblo algunas de esas libertades platónicas para hacerle olvidar todas las libertades políticas que le ha quitado.

Sin base en la opinion, desprestigiado bajo todos conceptos, odiado por unos y despreciado por otros, sin bandera política, sin creencias religiosas, Santos se habia estacionado en medio de una sociedad que le era hostil, sin atinar con el punto hácia dónde debia dirigirse. Algun hombre de

talento que habia hecho liga con la ignorancia, debió señalarle rumbos, mostrándole el camino que ya han recorrido otros gobernantes hijos del fraude electoral.

Sabido es, que las ideas liberales predominan sobre una mayoría del pueblo oriental, ó mejor dicho, sobre una mayoría de los habitantes de nuestro país. La poblacion italiana y francesa es allí numerosa é importante, y casi toda ella responde á cualquier propaganda anti-clerical que se inicie. En el mismo caso se encuentra una parte de lo que impropiamente se llama colonia española y colonia brasilera, como asimismo una fraccion importante del elemento nacional. Cada una de estas agrupaciones tiene su órgano en la prensa y todos estos diarios hacian oposicion al gobierno. En vista de esto, el consejero de Santos debió concertar su plan basándolo en el objetivo siguiente: la absorcion de aquellos elementos, por medio de actos que, favoreciendo aparentemente los propósitos en juego, les halagaran de un modo directo y acentuado. De esta manera Santos crearía á su alrededor una semblanza de opinion pública. De ahí sur-

gió el proyecto sobre matrimonio civil obligatorio, el decreto sobre conventos, etc.

El plan no era malo, pero la habilidad del autor debia chocar con las convicciones de los hombres que el santismo codiciaba Nadie cayó en la red, porque todos comprendian que Santos estaba abusando de ideas y de principios, que no solo no profesa, sino que ni siquiera concibe. Queria dar al pueblo la libertad de conciencia cuando le habia arrebatado la libertad política: daba al hombre la libertad del contrato y quitaba al ciudadano el derecho de la libertad. Pero ni esto mismo hubiera podido conseguir, porque una ley votada por Cámaras como las santistas, trayendo el vicio en su orígen, llevaba sobre sí un sello de désprestigio y un gérmen de muerte.

Santos no podia ni puede dar al pueblo la libertad de conciencia, porque es algo que no le pertenece; y al verlo empeñado en eso, se nos figura un salteador de caminos, que despues de haber despojado de todas sus prendas al viajero, le *regala* algo de lo que le ha quitado, para que no entre desnudo á los sitios poblados.

Lo que hará Santos con las leyes liberales sancionadas por sus Cámaras, es lo que hizo Rosas con el sistema federal: desconceptuar una obra buena.

El registro civil de las personas, que emancipa al ciudadano de la tutela canónica, lo hemos pagado al contado, desde hace tiempo, con la libertad electoral sacrificada por el mismo ejecutor de tan altas obras.

Lo que bajo un régimen constitucional significaria un progreso, hoy, bajo la dominacion de Santos, es la negacion de todo adelanto moral. Los verdaderos liberales, los que no hacen alarde de un liberalismo falsificado, convienen en que sería estúpido fomentar la esplotacion proyectada por el ex-Gefe del 5º.

Para que el gobierno de Santos hubiera implantado legalmente tales reformas, y para que los espíritus liberales las hubieran aceptado sin escrúpulo, hubiera sido necesario que aquel concediera á estos todas las libertades á que tienen derecho, y que estos, sobre la base de esas mismas libertades, hubiesen cambiado el régimen político de aquel.

Pero no sucediendo tal cosa, aceptar y aplaudir aquellas reformas, hubiera sido aceptar y aplaudir un abuso; apoyar la sancion de los citados proyectos, hubiera sido acordar sancion pública á un acto de todo punto ilegal; hubiera sido reconocer y prestigiar la autoridad de un gobierno puesto fuera de la ley.

Sin embargo, la prensa santista ha querido esplotar ese mismo tema para combatir el poderoso movimiento de opinion operado en el país. Con idéntico propósito ha mentado tambien una pretendida invasion extrangera . . .

Extrangeros!—Quién mas extrangero en nuestro país que el Sr. D. Máximo Santos? . . . No es él, acaso, un advenedizo que ha invadido las alturas del poder, en compañia de una hambrienta turba de aventureros?

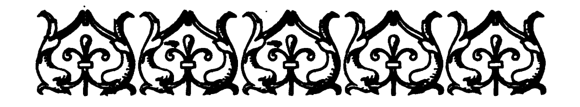
Puede hablar de patriotismo el gobernante que ha arrastrado cien veces la dignidad de la Nacion á las plantas del estrangero, que ha inclinado el pabellon nacional ante las exigencias de diversos Ministros—como en los casos del Baron

Cova, Vazquez Llorente, Lopez Netto, Lamaix, etc.—que ha admitido, contra los fallos de la justicia interna, los sumarios extra-judiciales instruidos por la Legacion del Brasil en el asunto Paso Hondo: que ha violado todas las leyes del país, suprimiendo hasta la libertad del pensamiento; que ha perseguido con salvage saña á todo cuanto representa cultura y progreso y que ha elevado, en fin, á la categoria de personajes dominantes, á una horda de nulidades importadas, verdadero concurso de inmoralidad, de perniciosas ideas y sarcásticas ambiciones?

Puede darse una invasion mas estrangera y mas perjudicial á todos los grandes intereses nacionales?....

De ahí que la propaganda del santismo no fuera capaz de contener el desarrollo de la idea popular, es decir, el desenvolvimiento de la idea revolucionaria.





IV

El primer paso

Llegaban á Montevideo las primeras noticias sobre la organizacion del movimiento revolucionario, y se hablaba con calor del entusiasmo reinante en los grupos de emigrados orientales.

En las mismas Oficinas del Estado, entre los empleados públicos, se reconocia secretamente la importancia de los elementos reunidos y eran encomiados el valor y las aptitudes militares de los gefes que debian dirigir la campaña proyectada.

Castro y Arredondo! Estos nombres se pronunciaban como una esperanza de mejores dias para la patria. Significaban tambien algo así como una garantía de buen éxito. El General José M. Arredondo, mi-

litar instruido y valiente, alejado desde largo tiempo de su patria, y por lo mismo sin color político, iria sin ódios y sin rencores, y su criterio frio é imparcial influiría decisivamente para acercar á los hombres honrados de todos los partidos, para impedir la resurreccion de las luchas de bandería y formar un ejército eminentemente nacional, sin mas propósito que derrocar á los usurpadores y constituir un gobierno legal, que consultára todos los anhelos patrióticos y á todos devolviera sus perdidos derechos.

El General Enrique Castro, anciano, sin pasiones vehementes, bien intencionado, conciliador en la paz, práctico en la guerra, influyente en el ejército y conocedor del terreno, era el colaborador mas señalado para la realizacion de la gran obra.

Tras estos importantes gefes, que darian carácter al movimiento militar, se citaba tambien el nombre de otros igualmente espectables, como el General Lorenzo Batlle, ex-Presidente de la República, coroneles Galeano, Arrue, Pampillon, Gaudencio, Vazquez, Salvañach, Ordoñez,

Puentes, Arroyo, Rodriguez, Saura, Amilivia; comandantes Ramirez, Mena, Visillac, Olivera, Trias, etc. En cuanto á la clase civil, se indicaba como agitándose en la patriótica empresa, á lo mas ilustrado y distinguido de la sociedad oriental.

Nunca revolucion alguna en nuestro país se proyectó bajo mejores auspicios.

El entusiasmo crecia por grados; y no pasaba dia sin que algunos patriotas abandonaran el hogar y el suelo querido para buscar en la hospitalaria tierra argentina, el punto de reunion á donde todos concurrian. Llegó á tal extremo el noble anhelo de luchar por la patria, que hasta niños de catorce á quince años desertaban de las bancas de la Universidad para ir á solicitar un puesto entre los ciudadanos armados.. Y....¡sublime abnegacion!....las madres los bendecian en vez de oponerse á su marcha.

....

Como á todos, á mí tambien debia preocuparme el cumplimiento de ese deber. Cuanto mayor era el número de amigos que se ausentaban, mas vivo era el deseo de acompañarles. Alguna vez me sentí aver-

gonzado, pequeño como hombre, indigno de una patria feliz, al quedar sobre el muelle, con la vista fija en el vapor, que conducia un determinado número de futuros y animosos soldados.

Luchaba el sentimiento patriótico con el sentimiento filial: la patria y la familia: el trabajo para esta y el sacrificio por aquella: el hogar y la política! Dos madres disputándose el triunfo: una reclamaba al soldado, la otra al hombre. Una aherreojada y oprimida por el tirano rapaz y brutal: la otra, agobiada por los años y oprimida por el peso de incurables dolencias....

Por fin, como debia suceder, la patria tuvo á su servicio al ciudadano....

Había llegado de mi oficina de trabajo y me ocupaba en arreglar algunos papeles que no queria dejar en desórden. De pronto oigo llantos, gemidos y sollozos. Salgo de la habitacion, lleno de sobresalto, en la creencia de que alguien hubiera revelado mi plan á personas queridas: pero apenas hube traspuesto el umbral, me convencí de que no era en mi casa, sino en la del vecino donde ocurria algo extraordinario. La soli-

citud de la amistad me llevó á enterarme.

Era mi vecino un excelente hombre, empleado nacional, envejecido mas por las privaciones que por los años, de hábitos y de educacion irreprochables, que vivia allí en compañía de su esposa y tres hijos. Abusando de su confianza entré resueltamente en las habitaciones. Casi en la última, en el comedor, se ofrecia un cuadro doloroso.

El Sr. Gutierrez, que así se llamaba mi vecino, se hallaba de pié en mitad de la habitacion: su esposa le tenia abrazado y sus dos hijos menores—una niña de ocho años y un niño de once—se habian incado de rodillas á sus plantas, oprimiéndole las piernas con los bracitos entrelazados. La señora lloraba casi á gritos, los niños la imitaban y por las mejillas del buen hombre rodaban tambien gruesas lágrimas que iban á perderse entre su barba semi-cana. Me detuve en la puerta y conmovido, exclamé:

—Señor Gutierrez!

Volvió el rostro, se apartó un tanto de su esposa, miró á sus hijos, luego volvió á mirarme y mientras con un brazo sostenia

á la afligida señora, con el otro señaló la puerta, esclamando:

—Me voy, amigo, es necesario....!

Para qué decir mas: en su intensa mirada leí el patriótico pensamiento y la inquebrantable resolucion que le agitaba. Con dos palabras nos entendimos y nos pusimos de acuerdo.

—Yo tambien!—le dije—estrechándole la mano.

Los pobres niños gemian y suplicaban, abrazados á sus rodillas:

—"Papá querido, no te vayas!" La señora estaba á punto de caer desvanecida.

—Ahora mismo, señor Gutierrez? le pregunté.

—Hoy mismo!—me contestó con voz entrecortada.

—Entonces, vamos!—agregué sin saber lo que decia y con los ojos nublados por lágrimas traidoras.

Pobre padre! Abrazó y besó varias veces á sus hijos, los puso sobre las rodillas, volvió á dejarlos, acarició á su esposa; pero enseguida tornó á besar y abrazar á los niños!....Sobre la mesa del comedor es-

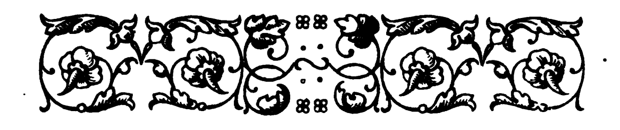
taba estendido el poco dinero que dejaba á su familia, algunas cartas cerradas y los platos servidos, que nadie habia probado. La escena no podia prolongarse. Un esfuerzo, nuevos abrazos, nuevas lágrimas, un beso casi interminable y el último adios!

Yo no quise refleccionar. Entré en mi casa resuelto á afrontar la despedida. Corrí hácia la habitacion que mas me atraia: ví á la pobre anciana encorvada sobre su labor de costumbre, con la cabeza blanca iluminada por un último rayo de sol, quise sorprenderla con un abrazo; pero....no pude! Una carta, escrita de antemano, quedó allí con las mas ardientes y afectuosas espresiones de mi espíritu....

Gutierrez me esperaba en un carruaje. Entré y toqué á mi amigo sin verlo; y oí que exclamaba:

—Pobrecitos! Qué culpa tienen ellos para sufrir tambien el despotismo del tirano?

Sin duda queria referirse á los niños abandonados. Los suspiros del buen padre y mejor ciudadano fueron ahogados por el rumor del carruaje que rodaba hácia el muelle!....



V

En Buenos Aires

La calle Paraguay—una de las mas modestas de la bulliciosa capital argentina—será siempre recordada, con variedad de impresiones, por una gran parte de la actual juventud montevideana. Empezó allí nuestra vida de cuartel, es decir, esa vida escepcional, conglomeracion de alegrías y tristezas, á veces grata, pero siempre incómoda del ciudadano aprendiz de soldado.

Cuántas escenas y qué multitud de incidentes, amenos ó desagradables, provocados por la brusquedad y violencia de un cambio tan completo y repentino Al exdandy de las calles de Sarandí y 25 de Mayo, antiguo adorno de la vereda del

Bazarcito y de los bajos del *Club Uruguay*, trasplantado de improviso á terreno desconocido, encarcelado en el cuadro de un patio árido, sin plantas y sin flores; encadenado á las rudas y hasta entonces no concebidas tareas de la fagina y de los ejercicios militares; con el rostro descuidado y ennegrecido, las manos encallecidas por el mango de la escoba y la llave del remington; con los piés hinchados por los interminables *flanco derec*...., marchas y contramarchas; comiendo en cuclillas el *rancho* de *tropa* distribüido convenientemente en platillos de hojalata; con las ropas en desórden y durmiendo sin sábanas, en la confusion de la *cuadra* .... ¿quién hubiera podido reconocerle en medio de aquella revuelta, impaciente y chillona muchedumbre?....Sin embargo, allí estaba; pero ¡en qué estado! Ni sombra de lo que fuera. Aquello que en otra época era reluciente y acartonado cuello, se ha convertido en súcia chupa de dómine; el arístocrático jaquet inglés está cubierto de *brillantes condecoraciones* hasta en sus coletas de tres pulgadas; el chaleco, con la trencilla desprendida y

unos bolsillos destripados, que han ido creciendo en estension á medida que iban perdiendo el dinero; la pierna de los estrechos pantalones, encogida hácia arriba, ha tomado la forma de fuelle de acordeon, presentando unas rodillas que Angel Pitou habria envidiado; los zapatones de punta retorcida, parecen viviendas de verano, tal es la cantidad de abiertas ventanillas que los adornan en sus partes laterales... Para qué mas? Era así el traje de cuartel.... y de todas partes.

Sin embargo, cuántos gratos recuerdos en medio de aquellos despojos queridos! Solo una excesiva demora y la ansiedad que resultaba de nuestros mismos deseos y entusiasmo, pudo alguna vez arrancar alguna queja en disonancia con la nota patriótica que al unísono vibraba en todos los corazones.

Para la juventud, esperar es sufrir; y nosotros sufríamos mucho mas por impaciencia que por las privaciones é incomodidades del cuartel....

* *
*

Primero estuvo allí el plantel, es decir, el corazon y la cabeza de lo que mas tarde debia ser el 1er. batallon de infantería del ejército revolucionario. Despues el número fué aumentando hasta reclamar otro edificio: se formaron las compañías, se designaron los oficiales y clases, se regularizaron las guardias, etc., hasta poner aquello en un pié de organizacion verdaderamente militar. Al toque de silencio cesaban las conversaciones, los rasgidos de las guitarras y los cantos con que los bisoños amortiguábamos nuestros respectivos pesares. De vez en cuando una pequeña pendencia, una bota ó una almohada cruzando los aires interrumpia momentáneamente la calma de la noche.

La diana despertaba á los remolones y no valian las protestas. Arriba! Echan tropa! Al ejercicio!

Los abogados, literatos, periodistas y estudiantes de las épocas bonancibles, no tenian entonces mas libro de estudio ó de consulta que la táctica militar. Allí estaban todos, disputándose la gloria de hacer menos prolongado el aprendizaje. De mí sé

decir que me consideraba mas Capitan General que D. Máximo Santos, cuando alguna vez llegaba á desempeñar las funciones de cabo de cuarto. Y con qué aire de suficiencia presenciábamos, los *veteranos*, la primera leccion recibida por los reclutas que casi diariamente llegaban de Montevideo!

Difícil era encontrar rancheros y ayudantes de cocina. Qué comision tan fea y tan costosa para la generalidad; pero, de buena ó mala gana, se acataban las órdenes y aparecian cocineros que jamás habian cortado una cebolla ni abierto una chaucha. A cuántos señores bachilleres, con algunos años de estudios facultativos, he visto yo en el mercado, en mangas de camisa, preparando las cestas donde se llevaban los elementos para el *rancho* del dia!... Cuánto puede el patriotismo y á qué extremos conduce la tiranía!

* *
*

Buen trabajo tenian las guardias para meter en vereda á los trasnochadores del

cuartel. Las recomendaciones de nuestro comandante, D. Rufino Dominguez, la disciplina de la cual era fiel observador José Batlle y Ordoñez, capitan de una compañia,—y la seriedad y la energía que ensayaban los oficiales de guardia, no eran suficientes para impedir las correrias nocturnas de algunos que todavia se conservaban en estado *presentable*.

Verdad es que si los paseos eran largos por el tiempo que duraban, no lo eran por la distancia que los paseantes recorrian, pues muy pocos salian del barrio... Una noche me encontraba desempeñando las funciones de sargento de guardia. Varios *soldados* (por decirlo así) estaban en fondos... cosa rara despues de un mes de espatriacion —y concertaron cierto plan de campaña... donde correria, vino en vez de sangre.

Vamos á la fonda de la Andaluza! dijo uno.

—No; vale mas visitar á las Dos Hermanas! objetó otro.

Despues de ponerse de acuerdo, salieron silenciosamente del cuartel; y yo, no recuerdo en virtud de qué promesas, me

hice cómplice de la salida. La noche fué de borrasca. Como á las doce, el soldado que estaba de centinela en el zaguan, comunicó al cabo de cuarto que frente á la puerta se habia detenido un grupo de individuos, dando golpes y gritos. Eran los trasnochadores que regresaban. En qué estado! Hubo que amenazarles sériamente para que guardaran silencio.

Uno quiso justificarse, diciendo.

—La última copa me la hicieron tomar á la fuerza.

Y empezó á recitar unos versos dedicados á la novia ausente.

Otro aseguró, muy formal, que á la noche siguiente nos apoderaríamos de Montevideo, porque él estaba en combinacion con unos gefes del gobierno y no habia mas que tomarse la molestia de contratar aquí dos vapores é ir á desembarcar libremente en la Capitania del Puerto.

—Eso sí—agregó: no haré nada sin consultar á los Generales.... Les consultaré mañana mismo....

Y se fué á dormir, seguido de los otros.

De pronto oigo gritos en una de las cua-

dras. Corro á enterarme y me encuentro envuelto en una barahunda infernal.

Como los catres eran ménos que el número de soldados, los trasnochadores habian encontrado todas las camas ocupadas; y poseidos de una feroz indignacion, habian empezado á tirar de las piernas á los durmientes, que roncaban como unos benditos. Algunos de los atropellados habian saltado del catre, emprendiéndola á mojicones con los intrusos. Resultó de aquí un proyecto de duelo; hubo insultos, brillaron dos estoques, se apartaron los espectadores, otros que despertaban levantaron la cabeza protestando contra los barullentos, yo pretendí contener á los adversarios armados; pero afortunadamente, cuando uno de los duelistas se inclinaba para medir el terreno, cayó á la larga sobre el pavimento y quedó profundamente dormido.

. . . .





VI

Una serenata

El pueblo argentino, nuestro hermano mayor en las luchas por la libertad en el Plata, ha sido, hoy como antes, noble y generoso con los orientales espatriados.

En nuestro sentir, esa deuda de gratitud no podrá saldarse nunca. . . . .

Durante nuestra estadia en el improvisado cuartel de la calle de Paraguay, recibimos elocuentes demostraciones de simpatia por parte de diversas familias y caballeros argentinos, hácia la noble causa que intentábamos defender en los campos de batalla. Lamento no recordar nombres propios. Pocos dias antes de salir de Buenos Aires, fuimos obsequiados por la distinguida fa-

milia de Elizalde, domiciliada frente á la casa que nosotros ocupábamos, con varios cajones de vinos, fuentes de dulce, etc. Esto fué motivo de banquete en nuestro batallon, hubo brindis entusiastas dedicados al patriotismo de las damas argentinas y á la generosidad del pueblo que nos hospedaba, é hicimos votos sinceros porque nunca los hijos de esta tierra hospitalaria tuvieran que peregrinar como nosotros buscando los medios de derrocar la mas humillante tirania.

Pero estas manifestaciones de gratitud y justicia no pasaban los muros del cuartel, y nosotros queríamos darle cierta publicidad en armonia con nuestros sentimientos. ¿Cómo hacerlo?.... Los muchachos de mas espediente se encargaron de concertar el medio más decoroso y espresivo...Si en las Boticas se encuentra de todo, nuestro batallon era una Botica. Todos los oficios, artes y ciencias tenian allí su representacion mas ó menos espectable. Para realizar el proyecto concebido se necesitaban: un tenor, dos barítonos, un bajo y tres tocadores de guitarra. Eso fué lo de menos;

Todo se encontró á pedir de boca, aunque no fuera á pedir. . . de oidos. Se improvisó una estudiantina que, sin capa y sin tricornio, debia manifestar nuestra gratitud á algunas de las familias que nos habian honrado con deferentes atenciones.

No quiero acordarme de los primeros ensayos; pero lo cierto es que una noche, poco antes de abandonar el cuartel, nuestra estudiantina alborotaba aquellos silenciosos barrios de la calle Paraguay, con sus interminables canciones. Donde primero sonaron las guitarras fué bajo las ventanas de la casa ocupada por la familia Elizalde. Los tenores y barítonos—que esa tarde se habian despachado dos docenas de huevos crudos—empezaron á *componerse* el pecho tras las primeras notas, cruzándose entre todos recomendaciones como las siguientes:

—No se olviden que la primera nota de armonía tiene tres tiempos!

—A mi me toca en *terza*, el *do*.

—A mi la *sesta, sol*.

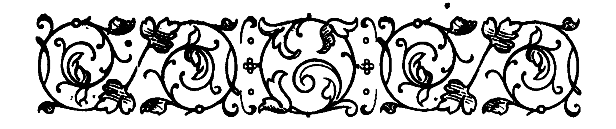
—Yo voy á sacar un *mi* como una patena!

—Bueno!.... A ver!.... A tiempo! .... Vamos!...

Y aquellos condenados, tal vez porque cantaban lo que sentian, cantaron con suave afinacion y delicado sentimiento....Nada de entrar donde galantemente nos brindaban la casa...Los trajes del soldado-estudiante apenas si eran compatibles con la mortecina luz de los faroles...

Fué en esa forma medeoval que entregamos un *piquito* á cuenta de la inmensa deuda que nos liga al pueblo argentino...





VII

Diario de campaña

Estamos á 15 de Febrero. Nuestro cuartel ha sido visitado por los Generales Castro y Arredondo. Reina gran entusiasmo. Hemos recibido órden de marcha y desde las doce del dia estamos acuartelados Todos se ocupan de arreglar sus maletas: no hay órden ni concierto: corremos de un lado á otro y hasta nos abrazamos como si estuviéramos en víspera de una batalla. Esta noche partiremos, al fin! Los patios se llenan de amigos que vienen á despedirnos. Nos auxilian con cuanto pueden. Esconden cigarros y hasta dinero en nuestras maletas... A las 2 de la mañana forma el batallon. No tenemos mas luz que tres ve-

las colocadas en otras tantas botellas. Un supersticioso encuentra que eso es de mal augurio. Luis Rodriguez Larreta, Sargento Mayor del cuerpo, empieza á llamar ciudadano por ciudadano y ordena grupos, de á veinte, que van saliendo del cuartel, sin armas y sin uniformes. Las calles están desiertas. Nos dirigimos sucesivamente al muelle de pasajeros. En nuestro camino solo encontramos algunos vigilantes, que sin duda conocen nuestros propósitos, porque al vernos pasar, exclaman; "Adios muchachos! Que sean felices!"

En el muelle de pasajeros somos recibidos por algunos miembros del Comité revolucionario. La noche está borrascosa. Los relámpagos se suceden con frecuencia. Mala perspectiva! En cuatro ó seis lanchones nos van trasladando al vapor *Litoral* fondeado en la rada. Todavia no sabemos á dónde nos llevan. Muchos compañeros, mareados, se tienden sobre la cubierta del vapor. El embarque concluye al amanecer. Minutos despues llueve copiosamente.

16—Nadie ha dormido ni piensa en ello. En las primeras horas de la mañana pasa por nuestro lado el vapor brasilero *Rio Apa*, que viene de Montevideo. Sobre la toldilla alcanzamos á ver á nuestro querido y anciano compatriota D. Tomás Gomensoro. Sabemos que viene perseguido por el santismo, recordamos sus antecedentes patrióticos y nos lanzamos sobre la borda del vapor, saludándole con un *¡viva!* entusiasta y sincero.

A las 9 a. m. zarpa del puerto el *Litoral*. Llueve á cántaros y nada hay que nos salve de la lluvia. El vapor es incómodo y vamos casi todos sobre cubierta. Bajo el cielo plomizo y los hilos de lluvia, dirigimos nuestra última mirada á la gran ciudad que nos ha prestado asilo. Qué la suerte nos pròporcione la ocasion de ser útiles á sus hijos!

17—El vapor pasa por San Nicolás á las 3 de la mañana. Los 170 compañeros de causa vamos agrupados en la cubierta. Tiempo espléndido, apénas son las siete y

todos *sacamos los trapos al sol.* Nuestro contento decae un poco ante la comida infame y el trato despótico que recibimos de nuestros oficiales. A las 4 p. m. fondeamos en el Rosario de Santa-Fé. Algunos amigos nos visitan. A las 6 p. m. zarpamos, navegando con felicidad toda la noche.

18—A las 9 1/2 a. m. pasamos por el Paraná sin comunicar con la capitania del Puerto. Hasta las 5 p. m. todo ha ido bien; pero á esta hora el vapor experimenta una brusca sacudida, que nos pone en alarma. Inmediatamente grita una voz:— "Gente á popa." Corremos al sitio indicado, pero el vapor ya no se mueve. Está varado! Solo faltaban tres leguas para llegar á La Paz, punto de nuestro destino! Nuestros jefes se desesperan. Todos queremos convertirnos en marineros; pero nada! El vapor no pasa..... En cambio nosotros pasamos toda la noche sin dormir, pues nos tienen en contínuo movimiento de proa á popa, de babor á estribor y vice-versa.

19—Caras lánguidas, ceños pronunciados, rezongos y otras manifestaciones de desagrado entre lo que empieza á denominarse *tropa*.. Por fin á las 6.40 a. m. logramos zafar, y el buque reanuda la interrumpida marcha. El cuadro que ofrece la cubierta, merecería ser descrito. Por todas partes, muchachos *echaos á muerto*, rendidos por el sueño y la fatiga. Los mas activos toman mate, soplando constantemente en una pequeña fragua que sirve de fogon. Otros aparecen ya con platos y jarros de lata, esperando el agua súcia con azúcar, que nos dan, prévio el bombástico anuncio: *A tomar café!* Faltan dos horas para llegar á La Paz. Muchos amigos han perdido el sombrero en el viaje, y no saben cómo han de bajar á sitio poblado. Todavia queda en algunos un resto de las presunciones de otra època!

Llegamos á La Paz, atracando al costado de un ponton que sirve de aduana. De pronto, cuando nos disponemos á desembarcar, corre una voz aniquiladora. El puerto está cerrado para nosotros! No nos permiten bajar y nos tratan como á apestados,

prohibiéndonos toda comunicacion con la gente de tierra. Se nos manda retirar del ponton aduana, quedando en tierra el comandante Dominguez. Hoy no hemos almorzado. Recien á las cinco de la tarde nos dan un pedazo de pulpa asada. Muchos no comemos, porque la fiebre de la impaciencia nos alimenta. A las 9 1/2 de la noche regresa á bordo el comandante Dominguez, y el "Litoral" se pone en marcha de retroceso, fondeando á menos de una milla de La Paz. Qué desaliento entre la *tropa!* Para aumentar nuestra tristeza, llegan hasta el vapor los acordes de una banda de música, que tal vez toca en algun baile, pues sus notas no cesan en toda la noche.

20—Al aclarar, todo el mundo de pié. Para qué? solamente para molestarnos! El descontento sigue aumentando por la insolente altaneria de algunos oficiales que no quiero nombrar. Dicen que regresamos á Buenos Aires. Si esto sucede, el batallon se dispersará. Algunos oficiales nos tratan co-

mo si fuéramos *enganchados.* Tenemos ahora otro enemigo terrible: los mosquitos. Nosotros no comemos nada, pero ellos nos comen á nosotros. Los capitanes empiezan á manifestarse descontentos del Comandante, y esto da pié á una sátira del teniente Trifon Estevan, que esclama:— "Nuestro Comandante es hoy una lágrima de los capitanes!"

Nos observamos mútuamente. Todos presentamos unas fachas estrafalarias. Aunque la situacion no es para risas, algunos rien sin querer. Estamos súcios, desgreñados y sin aliento. De pronto alguien grita: "A lavar la ropa, muchachos!" Ya era tiempo: no hay uno que no ande oliendo á grasa; pero, ¿dónde lavamos? Como por contestacion aparece uno de los campañeros con uno de los tachos en que nos sirven la comida. Enérgicas protestas y hasta amenazas en el primer momento. Todos condenan la repugnante iniciativa. Lavar en el mismo plato donde se come, y lavar qué ropas!. . . . No: no puede ser! Es forzoso buscar otra clase de piletas ó bateas. Pero . . . dónde? cómo? La necesidad es muy

perra y. . . .muy puerca. Nos obliga en este caso á depositar inmundicias donde mas tarde ha de ser depositado el alimento para nuestros estómagos. Uff! Qué nauseas!. . Pero allá vá!. . . Camisas, medias, calzoncillos. . . todo! Algunos no comen mas tarde: pero como la costumbre se parece á la necesidad, no pasan muchas horas sin que los *soldados* mas escrupulosos, no solo utilicen los tachos para lavar la ropa, sino que se laven en ellos la cabeza, los piés, las piernas y muchas otras partes del cuerpo.

A las 4 1/2 p. m. pasa por nuestro lado el vapor *Rio Apa*. Dicen que viene á su bordo el Dr. Calderon, Secretario del Gobernador de la Provincia, con el encargo de subsanar las dificultades que se oponen á nuestro desembarco. Esta noticia nos anima un tanto. Poco despues cruza por nuestro lado el vapor *Colon*. Lleva bandera oriental. Qué dulces impresiones produce en nuestro ánimo la vista del pabellon de la patria! El entusiasmo es unánime, como si todos nos hubiéramos puesto en contacto por medio de una corriente eléctrica. Nuestro primer impulso es prorum-

pir en *vivas*! al hermoso sol de Ituzaingó, del Rincon y de las Piedras: pero luego cosa increible—nos contiene el temor de ser corregidos por los pichones de tiranuelo que estan echando plumas á bordo. La voz del patriotismo no puede ser articulada!

La caida de la tarde se presenta horrible. Qué nube de mosquitos. Lo digo sin jactancia: preferiría encontrarme ahora frente al poderoso ejército de Santos y no pasar una noche en lucha con esas interminables legiones que vienen cantando y que en vez de matar, desesperan y enloquecen. Es necesario conocer este martirio, para calcular nuestro sufrimiento. Fué una noche espantosa: nadie durmió.

21—Qué caras! Los párpados, los lábios, la nariz y los orejas han crecido estraordinariamente durante la noche. Hemos perdido mucha sangre, pero hemos ganado en jeta. Casi nos desconocemos mútuamente. Esto parece un lazareto de variolosos en convalecencia. Rostros hinchados, cubiertos de pequeñas manchas coloradas;

parece que nos hubieran puntillado la cara con alfileres, ó que hubiéramos sufrido todos los rigores de la viruela alfombrilla!. .

Poder de los mosquitos! Y nada se habla de bajar á tierra. Esta abnegacion patriótica ya se vá convirtiendo en zoncera!

Llega la hora del almuerzo: el cocinero del *Litoral* recordará bien esta hora, pues recibió una lluvia de galletas, á causa de su parsimonia en la distribucion de los in fames engrudos con que nos engaña el estómago. . . A las 5 p. m. se avista un vapor. Se anuncia que en él vienen nuevos amigos. Que vengan! Así nos tocará á menos mosquitos por barba! Efectivamente: son nuestros amigos. Un ¡hurra! entusiasta les saluda. Escribo en mi cartera: "Tarde espléndida, sol bellísimo; aguas quietas: naturaleza alegre; costas pobladas de curiosos. Olvidemos en este instante los sufrimientos pasados: el ánimo desborda en espansiones entusiastas."

Se nos dice que bajáremos á tierra. A las once de la noche llega el Comandante Dominguez y. . . nada! Para el otro dia! Lo mismo que los deudores morosos.

22—Bonito cuadro. Desearía tener el lápiz de Pallejá. De un lado el follaje verde de la costa: despues las aguas inmóviles del Paraná y en la parte opuesta los barrancos blanquecinos de La Paz. Sobre la cubierta del buque un tendal de cuerpos humanos: es la *tropa* que empieza á dormir. Pobres muchachos! Algunos, huyendo de los lanceros volátiles, han metido la cabeza en las maletas; otros, completamente envueltos en trozos de lona, parecen fardos de estiva: ahí veo uno que me conmueve, porque comprendo cuánta debe haber sido su desesperacion. Visto por la cabeza, parece que estuviera en traje de buzo: un trozo de encerado ceñido en la cintura, le cubre la parte superior del cuerpo hasta la cabeza. Cómo puede respirar? Me fijo. Ha hecho una pequeña abertura en el encerado, frente á la boca, y por allí ha sacado un canuto de lata—antiguo pico de regadera. Ese tubo le sirve para aspirar el aire que reclaman sus pulmones. Pobre! duerme como si tuviera una mamadera ó un clarinete en la boca . . . .

A las 8 a. m. el *Litoral* se pone en mo-

vimiento. Nos parece que vamos á desembarcar. Pero nó! Del *Litoral* pasamos al *Gran Chaco*. Ganamos con el cambio, no solo porque este buque es mas cómodo que el otro, sino porque en él encontramos gran número de amigos. Bien ó mal cada uno busca alojamiento. A las 12 m. el *Litoral* se despidió de nosotros, dando tres pitadas. Vá para Buenos Aires. Mentiría si dijera que no tuve tentaciones de solicitar pasage de retorno . . . Allá vá! . . . No te olvidaré nunca . . . cocinero infame! . . . Nos llaman á formar. Se organizan los grupos para . . . recibir la comida. Unos á proa, otros á popa. Los nuevos compañeros tienen buen diente.

Llega la noche . . . para qué decir con sus mosquitos! . . . Esta vez queremos burlar su canto, cantando nosotros. Organizamos un concierto. Esto se llama cantar de rábia . . . Los nuevos amigos traen elementos musicales. Suena la guitarra y se agota el repertorio nacional: pericones, cielitos, milongas, etc. Por no suicidarnos, entramos en el terreno del clasicismo. Se entonan romanzas, nocturnos y hasta baladas . . . porque esto es balar. Pero ni por

esas! Los mosquitos salen triunfantes y tenemos que abandonarles el campo.

23—Se habla de un conflicto entre la Capitania del Puerto y la policia de La Paz, á causa nuestra. El Sub-Prefecto Marítimo, que obedece al Gobierno Nacional, quiere que desembarquemos; y el Gefe Político que obedece al Gobernador Racedo, se empeña en que sigamos gozando de la vida marítima. Y entre los alegatos de la autoridad provincial y las protestas de la autoridad nacional, estamos nosotros como Quevedo . . . sin autoridad para nada. Bonita situacion! Y anoche nos aseguraron que solo se esperaban las caballadas, para desembarcar! El descontento se comunica al Capitan del vapor. Es un contagio inevitable. El Capitan dice que él regresa á Buenos Aires hoy mismo. El Comandante Dominguez le contesta:

—Sí, eh? . . . Tenga entendido que lo haré atar ántes que el vapor salga de aquí.

El Capitan protesta, gritando:

—Quién es Vd. para mandarme atar? Tenemos piratas aquí?

Esto lleva trazas de concluir á ponchazos. De qué parte estaremos nosotros? El capitan tiene razon: la amenaza es injusta; pero Dominguez es nuestro amigo y calculamos su responsabilidad. En fin, Dios nos saque del atolladero!.... Despues de un fuerte cañoneo de palabras, hubo tregua y el capitan y el comandante bajaron á La Paz á objeto de hablar con el Gefe Político....

. Entre tanto la *tropa* anda alborotada. Se habla de una sublevacion. Oigo á un amigo que dice:

—Soy capaz de pegarle fuego al vapor!

Hum!.... Esto huele á pólvora.... Zás! Ya la tenemos armada. Diez y seis muchachos se apoderan de los botes.... y á tierra! No tienen permiso: pero quién los ataja? Quién les hace fuego? Me parece que nos vamos á desgranar... Ahora vienen á hacerme firmar una protesta contra el comandante.... Vacilo.... pero ¡qué diablos! la firmo, porque me arden las orejas.... y la geta. Despues se rompe el es-

crito y se resuelve expresar de palabra lo que sentimos.... Solo esperamos al comandante. Ahí viene. No sabe la que le espera. Apenas sube al portalon, el Dr Romeu y Burgues, encargado de tomar la palabra, le descarga á boca de jarro todas nuestras enérgicas protestas. Estuvo elocuente el muchacho! Verdad es que el escozor de las endemoniadas picaduras hubiera hecho en este instante un Ciceron de cada uno de nosotros! Se habla de desconfianzas y temidas traiciones, de los derechos del ciudadano, de la cruel injusticia que se comete con nosotros, etc., etc. Dominguez se conmovió hasta derramar lágrimas ante las acusaciones que le hacian. Todos somos oradores. Esto es el desborde del descontento contenido hasta ahora. Los oficiales oyen algunas verdades que los hacen descender algun tanto del despotismo en que se han encaramado. Dominguez promete que hoy bajaremos á tierra. De tarde se nos permite bañarnos en un banco de arena, que queda á algunas cuadras del vapor. Los botes nos dejan allí y se retiran. Así nos toma la noche. La nube de mos-

quitos nos sorprende desnudos! Qué comilona....para ellos! Como medio de defendernos empezamos á correr de un lado á otro como una turba de locos. Levantamos las piernas y las manos, pegándonos estruendosos cachetes. Otros se meten en el agua hasta el pescuezo, pero tienen que zambullir como lobos. Qué diversion agradable! Los que toman baños turcos, no tienen idea de este baño salvage. Allá sudan el quilo, pero aquí sudamos sangre.... Qué hacen los botes?....Por fin....ahí están.

A las 9 ½ p. m. el vapor se pone en movimiento; sigue aguas arriba. Nos parece mentira; pero es cierto. Vamos á desembarcar!! A las 11 fondeamos al costado de una barranca. Todos estamos con nuestras pilchas al hombro. El comandante dice:

—Tenemos que violar la disposicion que nos prohibe desembarcar en territorio entreriano!

No sé por qué me parece que eso es engañifla....Unos lancheros nos llevan á tierra. Qué bonitos nos parecen estos lancheros! Zas! Allá ván algunos muchachos

al agua.... Con cuidado, hombre!.... Felizmente nadie se ahoga y todos desembarcamos. Diez minutos despues toda la costa está llena de fogones. Su luz refleja en el Paraná. Qué hermoso espectáculo! Y con qué sigilo *violamos* el territorio! Esto es una algarabía en accion de gracias al Todo-poderoso, por habernos sacado de los vapores. Me resuelvo á realizar una calaverada. Dos amigos me acompañan. No basta estar en tierra: queremos sitios poblados. Vamos á La Paz. Sabemos dónde queda? No; pero presumimos que es cerca. En marcha. Nadie nos vé salir del campamento. Caminamos mas de una hora. Nada! Nos hemos perdido. Un toro nos embiste. Corremos un buen trecho entre matorrales. De pronto oimos ruido de pasos, murmullo de voces y vemos una masa negra que se aproxima lentamente. Aunque asustados, reconocemos á nuestros compañeros que han abandonado el campamento y marchan á pié, formados en columna. Nos incorporamos, sin que se hubiera notado nuestra momentánea desercion. En la marcha me dice un amigo: "Vienen cuatro mu-

chachos presos"—Por qué—Querían regresar á Buenos Aires—Y ....?—Se sospecha que son espías. Quisieron resistirse; pero los amenazaron con hacerlos atar por ocho hombres fuertes. Ahora marchan resignados." ....

Confieso que esta noticia me llenó de amargura. Qué somos nosotros? Soldados de línea ó ciudadanos que voluntariamente vamos á sacrificarnos en bien de la patria? Porqué nos tratan así? Qué autoridad tienen para hacerlo? No estamos en territorio extrangero, al amparo de las leyes argentinas y en carácter puramente civil? Acaso esos pretendidos oficiales quieren ejercer autoridad militar, donde son huéspedes como todos nosotros? ...

Todo esto pienso mientras voy tropezando en el campo, enfilado en la columna.

24—Son las tres de la mañana. Acampamos. Estamos en el Arenal. Algunos se tienden á dormir sobre el pasto. Recien á las dos de la tarde nos desayunamos con unos trozos de carne cansada. La noche fué alegre.

Hubo cantos y bromas; y todos nos deleitábamos observando la línea de fogones que presentaba el campamento en un espacio de seis cuadras. Todo aquello era nuevo para la mayoria de nosotros.

25—Al aclarar forma todo el batallon, compuesto de 260 plazas. Se incorporaron dos compañeros que habian quedado rezagados en La Paz.

Circula la noticia de que la ronda nombrada la noche anterior fué tan *chambona* que dejó escapar 120 caballos. Llega un chasque anunciando la incorporacion del General Arredondo. De tarde llega este acompañado de su escolta. Observo al General. Mediana talla, delgado, trigueño, algo agobiado, rostro fino, pómulos salientes, nariz encorvada y mirada dura. El cabello entrecano lo mismo que su pequeña pera militar. Viste pantalon ajustado, color ante, un jaquet negro y un chaleco del mismo color. Completan el traje unas botas de montar y un sombrero de paja, de anchas álas. Calza guantes de hilo color café y tiene en una

mano un pequeño látigo con aros de plata. Nos mira con indiferencia y luego baja la vista al suelo, que es en él — segun hemos visto—costumbre arraigada . . .

Forma nuestro batallon y se hace la presentacion de oficiales y clases.

26—Nos despierta la diana. A hacer ejercicio! Mas tarde se distribuyen recados, ponchos, carpas y uniformes. Vestidos de *milicos* por primera vez, empiezan las bromas sobre nuestro aspecto marcial! Qué fachas! "El difunto era mas grande!" gritan los muchachos, al ver las pretinas caidas de algunos. Eso no se pudo decir de Anacleto Nuñez. Se probó todos los uniformes sin encontrar uno que le viniera al cuerpo. De los pantalones mas grandes, apenas si alcanzaba á abrocharse el primer boton.

Esa tarde empezaron á llegar á La Paz los vendedores ambulantes. Fueron nuestros ladrones de toda la marcha: pero debemos estarles reconocidos, porque sin sus infames comestibles, mas de uno de nosotros hubiera caído por el camino, víctima del hambre.

27—Amanece con cielo nublado. Antes de salir al ejercicio, hablo con uno de los oficiales de la escolta del General y él me comunica una noticia importante.

—Anoche hubo alarma en nuestro campamento, me dijo—Han querido asesinar al General.

—Cómo? le interrumpí.

- Varios individuos desconocidos, amparados por la oscuridad de la noche, vinieron arrastrándose hasta la carpa del General. Por suerte uno de los centinelas los descubrió y dió la voz de alarma.

—Eran muchos?

—No se ha podido determinar el número; pues aunque todos corrimos en persecucion de ellos, no fué posible alcanzarlos. La oscuridad de la noche los favoreció. Hoy redoblaremos la guardia: se cree que fueran individuos enviados de Montevideo . . .

Salimos al ejercicio. Cuando volvimos, se desencadenó un fuerte aguacero. Marchamos á paso de trote. Apenas llegamos al campamento, muchos nos desnudamos y nos *bañamos* con el agua que caía á torrentes, Qué cuadros!

Durante la tarde nos ocupamos en arreglar los uniformes. La tijera y la aguja fueron hábilmente manejadas por nosotros. Con qué satisfaccion nos probamos los uniformes refaccionados. Ahora sí que parecen salidos de lo de Herisson! Algunos han errado la medida; pero estas escepciones no valen nada comparadas con el acierto de la mayoria....

Despues de las impresiones de la mañana, recibimos otras mas acentuadas al toque de lista. Momentos antes habia llegado un ayudante del General Arredondo, quien habló detenidamente con el Comandante Dominguez, poniendo en conocimiento de este que la noche anterior se habia presentado en la carpa del General, una muger acompañada de una niñita, esponiendo esta queja:

—"Señor: anoche dos soldados de su gente atropellaron la carpa donde me ocupo en hacer tortas, y me violaron á mí y á esta criatura."

La denuncia era grave y repugnante. El General se indignó y prometió castigar á los criminales. El ayudante que habló con

el Comandante Dominguez llevaba instrucciones del General sobre el asunto. La muger debia recorrer esa tarde todas las fuerzas hasta descubrir á las personas que acusaba.

La formacion de nuestro cuerpo fué imponente. El batallon se abrió en dos alas. Minutos despues, la mujer entra por la derecha de las filas y con sus ojos de bruja empieza á observar todos los rostros. Es una vieja flaca, negra, repugnante, como de sesenta años de edad. Sus ojillos se clavan alternativamente en la fisonomia de los soldados. Busca con afan á los acusados, mientras fuma un inmenso cigarro de hoja. La ansiedad es grande, no solo porque la vieja puede acusar á algun amigo querido, sino porque es posible que tambien acuse á un inocente. Siento que el corazon late con violencia. Aquel vestiglo recorre varias veces las filas y por último, y despues de habernos examinado á todos, esclama en su lenguaje semi-guaraní:—*Aquí no está los bandidos!*

Todos respiramos como si nos hubieran librado de un peso enorme. La vieja desapareció como la vision de una pesadilla horrorosa.

Por primera vez se eligió gente de nuestro batallon para la carneada del dia siguiente.

28—Salvo ciertos chistosos incidentes de la carneada, todo pasa sin novedad. Algunos nos acostamos pensando en que mañana debe efectuarse la eleccion presidencial en nuestro país. Qué eleccion! Dos problemas y una sola solucion verdadera. O reeligen á Santos, ó Santos nombra á Vidal. Resultado. Santos gobernando siempre. Hasta cuándo! Y esta tormenta revolucionaria que tanto se demora!. . . . El tiempo tambien amenaza tormenta.

Marzo

1º—Dia memorable será este para nosotros. Son las cinco de la mañana y hace tres horas que llueve á cántaros. El campamento ha perdido toda su poesia, y las carpas, como si fueran aves, han volado. Ni el General escapa á la lluvia. Su carpa tam-

bien está destruida. El agua nos cala hasta los huesos. Ahora si que estamos fresquitos! Afortunadamente el sol nos vuelve sus rayos; y para desentumecer los miembros, nos mandan vestir el uniforme, sacar las armas y hacer ejercicio........ De tarde circulan nuevos rumores sobre amenazas al General Arredondo. Apenas entra la noche, el campamento se rodea de guardias. Estamos armados y esperamos un ataque. Un grupo de gente sospechosa ha salido esta tarde de La Paz y no se sabe el rumbo que ha tomado. Intentarán un asalto al General Arredondo? Tal vez. En esta incertidumbre pasamos toda la noche.

2—Qué frio! Estoy tiritando. No es juguete pasar una noche sin dormir, sin abrigo y mojado. Estoy mal y necesito algo que me reanime. Si tuviera un poquito de cognac! Pero estos malditos mercachifles solo traen caña....y qué demontres! beberé caña, que al fin y al cabo es bebida sin misturas nocivas...Sin embargo ahora recuerdo que esos ladinos me han llevado

ya todo el dinero, que no era abundante... Si tuviera ropa! Pero toda la hemos cambiado ya á los carreros por pan, yerba, azúcar, tabaco y otras cositas!.... Qué situacion: dar una levita por un pedazo de tabaco!.... Pero, hombre, si ahí están mis botines de charol!.... Pobrecitos!.... Es verdad.... Tan nuevos!.... Los estrené la noche del casamiento de Isolina Eastman.... Cuántos recuerdos traen á mi memoria.... Seria una lástima.... ¡pero qué! Esas son niñerías.... Eh, carrero! me dá un porron de ginebra por estos botines?—"No se amuela! Cuando mas le daré medio frasco de caña. Quiere?"

—Bueno, ladron, trae el medio frasco!

Y aquellos pedazos de mi alma fueron á hundirse en las entrañas del carro, atestado ya con los despojos de nuestra grandeza.

3—Hemos sufrido la primera helada. A las 10 a. m. levantamos campamento. El General Arredondo vá á la cabeza de la columna con su Estado Mayor. Esto es un

desfile de maturrangos. Los que no se caen del caballo ván por caerse. Cada tumbo es un chichon. A las 5 $^1/_2$ p. m. acampamos en las Puntas del Montiel, tres leguas al interior. Armamos carpas y á las ocho dormíamos profundamente; tal habia sido la fatiga del dia.

4—La 2ª compañía de nuestro batallon recibe las primeras lecciones de infantería.

El Coronel Bernabé Martinez es nuestro maestro.

5—La *tropa* se queja. Falta yerba, tabaco y sal. Como en costestacion á estas quejas, se mandó formar con frenos y coginillos, para tomar caballos. A las 12 estábamos prontos para marchar. No habíamos comido desde la tarde del dia anterior! Qué importa! Los gefes tenian bien el estómago, y. . . . en marcha! Nos pusimos en movimiento llevando por primera vez en nuestros caballos, carpas, jarros, tachos, etc. Ibámos como burros cargueros. Cuando

apurábamos la marcha, se armaba un ruido infernal de tachos y cafeteras.... Muchos compañeros caen del caballo. Los matungos, flacos y aporreados, empiezan á cansarse á las dos leguas de marcha.

En una pulperia ocurre un gracioso incidente. Se habia prohibido vender caña á la *tropa*, pero un mozo de apellido Rozas, busca el medio de beber impunemente. Contra las recomendaciones de los gefes monta un caballo arisco. Todos le gritan: —"Te vá á matar ese caballo!" Pero Rozas sigue: da la vuelta á un galpon que habia, alli se baja, se revuelca en la tierra y, cubierto de polvo, con las dos manos sobre un ojo y cojeando vuelve á la pulperia. Al verle los oficiales esclaman:

—No te decíamos! Eso es lo que sacastes!

—A ver un poco de caña! grita otro.

El pulpero trae un vaso lleno y lo alcanza á un oficial, quien lo pasa al supuesto herido: Entónces Rozas, tomando el vaso, saca las manos de la cara, se echa el sombrero atrás, empina el codo y exclama con truhanesca espresion:

—Salud, caballeros!

El Comandante Dominguez, el Mayor Rodriguez y todos los oficiales que están presentes festejan la ocurrencia.

A la puesta de sol acampamos. Nos ordenan que cortemos la cola á los caballos. Para qué? Dicen que para conocerlos... Ignoro quién habrá vendido la cerda.... Hambre y desórden. Reina gran descontento. La indiferencia del General en Gefe aumenta el desagrado. Hace nueve dias que marchamos juntos, y todavia el General Arredondo no nos ha mirado á la cara, ni nos ha dirigido un saludo. Se vé que no tiene condiciones para caudillo. Pienso que aunque triunfemos, nunca será querido en nuestro país. Es un cuerpo sin alma! Qué le importan nuestros sufrimientos, privaciones y enfermedades?... El tiene cuanto necesita. Su mesa está bien servida. Comprendo que estas murmuraciones pueden ser penadas por las ordenanzas, ¿pero desde cuándo he renunciado yo á mis derechos de ciudadano?

6—Estamos en vísperas de carnaval y para nosotros principia ya la cuaresma. Hace 38 horas que no comemos. Una friolera! En cambio hemos marchado diez leguas en caballos que no sirven ni para la plaza de toros. A las 9 a. m. nos dán carne. Apenas tenemos tiempo de churrasquear. Mandan formar, á caballo y en marcha. Quién nos persigue?... Esto no solo me vá pareciendo cargante, sino ridículo.... A las once llueve torrencialmente: los campos están anegados: por efecto del viento, el agua cae casi horizontalmente, azotándonos el rostro. ... Seguimos marchando... Qué caras descubro cada vez que dirijo una mirada á retaguardia. Algunos maturrangos vienen como cargueros: encogidos por efecto de las *peladuras* y chorreando agua desde la cabeza hasta los piés! Los caballos macetas, y rabones, con las orejas gachas, y la cabeza casi metida entre las patas delanteras, llevan su carga, resbalando por los bañados.... A las 4 1/2 p m., acampamos en un parage llamado *Ombucito*. Continua la lluvia. Algunos compañeros están con chucho. Es necesario hacer fuego. Cómo?...

El campo está anegado y sigue lloviendo. Agua arriba y abajo. Nos metemos bajo unos árboles y conseguimos encender algunos fogones. Por todas partes se oyen quejas y lamentos. Qué noche! Para completar la fiesta no tenemos ni yerba. Tratemos de dormir!....

7—Domingo de carnaval. La naturaleza despierta sonriente. Un hermoso sol nos acaricia. Aprovechémosle para secar los pingajos....No hay yerba, ni que fumar. Aquí sí que se nos *acabó el tabaco*! No tenemos ni para un pucho. Matemos las penas cantando: presentamos cierta semejanza con esas lavanderas que entonan una cancion mientras tienden la ropa...Estamos sin comer, algunos compañeros deciden ir en busca de alimento y *vicios*, á una pulperia que dista dos leguas del campamento. Hay que pasar á nado un arroyo. Pláff!! Luis Deal, jóven de Canelones, se lanza con su caballo y la corriente lo arrebata. Está en peligro de muerte. La ansiedad es inmensa. Todos creen que se ahoga.

Por fin, le arrojan un lazo y consiguen sacarlo á tirones como si se tratrara de la estraccion de un cetáceo. Afortunadamente Deal no sufre nada mas que el susto. A las 3 p. m. nos dan carne. Hombre! Qué milagro!.... Despues de 30 horas de ayuno bien podíamos engullirnos un...*churrasquito.* A la caida de la tarde, muchos compañeros quedan silenciosos, meditabundos, como absorbidos por un pensamiento invariable...Cuántos recuerdos! El carnaval con las tentadoras visiones de otra época: Montevideo con sus calles pobladas de bulliciosas comparsas: músicas, banderas y flores, el baile de máscaras de los Clubs y en los teatros; la muger querida brillando en el salon, la....bah! tantas cosas!...A las 9 de la noche algunos *soldados*, cubierto el rostro con caretas de papel y tapados con mantas, recorren el campamento gritando con la chillona voz de las *mascaritas:* "*Me conocés ché? Cómo te vá? No vás á San Felipe esta noche? Ya te ví ayer con la negra Genoveva! Adios, guisote!*" En esto andan cuando la guardia les cae encima y los mete presos á todos.

Algunos quieren protestar: otros se asustan y siguen hablando como máscaras delante del gefe. A las 10 de la noche—silencio profundo.

---

8 — Hermoso dia, aunque el sol pica como un caústico. Se anuncia que marcharemos á las 12 m. Vaya una hora! Dicen que quieren acostumbrarnos á los solazos. Lo que me parece á mí es que quieren hacer por intermedio nuestro los esperimentos del Dr. Tanner. . . . Hasta las 2 de la tarde marchamos con los cascos calientes y el estómago vacío. Acampamos en la costa del arroyo de lás Mulas. No podemos vadearlo, pues está sumamente crecido. Seria un pleonasmo decir que no nos dán carne en todo el dia. El que no tiene dinero ó no cambia su ropa por galleta, queso ó yerba, ayuna como un bendito, Cuántas indulgencias vamos ganando!

9—Con la venida del dia empiezan las quejas por falta de alimento. Pero, es inútil

quejarse. En vez de mandarnos comida, nos mandan á ensillar: á las 10 a. m. nos ponemos en movimiento y pasamos el arroyo de las Mulas. Acampamos á las dos leguas. El descontento y el hambre en *crescendo.* Recien á las 8 de la noche distribuyen el zóquete! Dos dias sin comer!

10—Gran niebla durante toda la mañana. A las 6 a. m. tocan á ensillar. Una hora despues nos ponemos en marcha. Hacemos alto á las 10 $^1/_2$ en el parage conocido por Chañar. A las 3 p. m. reanudamos la marcha extraviando el rumbo. Tenemos que retroceder una legua para tomar nuevamente el camino. Marchamos por la orilla del monte: de pronto sale de los matorles un individuo armado de trabuco que empieza á hacer fuego sobre la columna. Las balas no alcanzan á ofendernos. Un soldado de nombre Manuel Pintos, que ha quedado á retaguardia de la columna, es atacado por el citado sujeto—á quien suponemos borracho ó loco. Pintos le hace frente y se traban en lucha. El desconocido

descarga su último tiro de trabuco y Pintos lo atropella, armado de bayoneta, y le infiere hasta cinco heridas. Vemos caer á nuestro estraño enemigo.... Quién es? Por qué ha venido á provocarnos? Un vecino de aquel sitio, nos dice que el agresor se llama Cabo-Blanco y que es un célebre bandido de esos contornos. Que *es*? No: que *era*. El cadáver de Cabo-Blanco queda tendido en el camino. Se instruirá un sumario sobre este grave incidente? Tal vez.

A la puesta de sol acampamos en el Guayquiraró Hermosísima tarde.

11—A las cuatro de la mañana nos despierta una fuerte tormenta. Algunas carpas quedan desconcertadas. Corridas, gritos y confusion....

12—Nos ponemos en marcha á las 9 a. m. sufriendo los rayos de un sol insoportable. Marchamos dos horas y nos detenemos á una legua del pueblo San José de

Feliciano. Se manda campar. Tenemos á veinte metros un bosquecito y nos obligan á formar pabellones en campo raso! Así estamos todo el dia al rayo del sol. Algunos compañeros se enferman y caen al suelo sin sentido. Esto es intolerable! Por acostumbrarnos á los sufrimientos, nos esponen á perecer víctimas de una insolacion?.... Esta crueldad merece una censura que yo no quiero hacer en este momento. La indignacion, el sol, la fatiga, todo contribuye á colocarme en una situacion desesperante. Me siento enfermo: me zumban los oidos; parece que una nube de sangre me enturbia la vista, creo que el cráneo se me cae á pedazos, siento que el suelo falta bajo mis piés.... y no sé lo que pasa luego. Cuando recobré el conocimiento me encontraba dentro de un carro. Tenia la cabeza vendada. Un amigo se acerca, se informa de mi salud y me dice:

—Acaba de llegar el comandante Mena con 60 hombres

El fresco de la noche me reanimó y abandoné el improvisado lecho.... El campamento presenta un aspecto mas ani-

mado. Han llegado nuevos mercachifles con sus carros. Hay una muchacha Marta, que es una notabilidad para hacer tortas fritas. Su mercancía tiene gran salida hasta que produce mas de cuatro indigestiones . . . . En las carretas aparecen algunos ébrios que arman barullos. Es necesario atar á uno de los promotores del escándalo. Se prohibe absolutamente la venta de bebidas alcohólicas.

Durante la noche recibimos la visita de algunos amigos que se encontraban en San José de Feliciano. En ese pueblito han permanecido algunos dias los Dres. Gonzalo Ramirez, Martin Aguirre y otros compañeros de causa.

Llega á nuestro campamento el Dr D. José Pedro Ramirez.

13—Son las seis de la mañana y nos preparamos á marchar. Sigo enfermo, pero no me atrevo á declararme incapaz de montar á caballo. Ensillemos el rabon . . . . Este diablo tiene sus *macacadas.* Cada vez que le

apreto la cincha, bufa, hincha el lomo, me mira de reojo y levanta una pata. O quiere recordar sus buenos tiempos ó pide clemencia para su pobre osamenta.... Qué falta hacen por aquí algunos miembros de la sociedad que preside el General Sarmiento.... Se oyen los rezongos de los muchachos, pues algunos sotretas *mañeros* se encabritan, alzan las patas delanteras ó dán corcovos. Paff! Allá vá un *soldado* con tachos y cafeteras! ... Buen tumbo!.... Otro incidente mas allá..... Es el porrazo número cincuenta que recibe el hijo de un conocido periodista y poeta. Bravo muchacho! Se cae con una *habilidad* pasmosa. Veo formar mas allá, á la derecha, al escuadron del comandante Mena.... Quiero conocer al simpático oficial. Su nombre ha sonado ya como el de un valiente y audaz guerrillero. Qué porte distinguido! Mena es alto, constitucion vigorosa, color trigueño, músculos fuertes, cabello negro, frente despejada, ojos grandes, de mirada suave, boca pequeña, adornada con un bigote igualmente pequeño. Parece hombre de pocas palabras. Todavia no le he visto

reir. Me llama la atencion el esmero con que viste. Pantalon ajustado, saco negro, cuello militar, botas de charol y sombrero blanco de paja. Confieso que es una figura atrayente....

Marchamos hasta las 12 m. A la 1 1/2 p. m. volvemos á enfrenar los caballos y continuamos la marcha hasta las 6. Despues de descansar dos horas, emprendemos nuevamente el camino hasta las 10 de la noche. Acampamos en las puntas de Feliciano. Hemos caminado diez leguas. La última jornada he tenido que hacerla metido en un carro. Otros compañeros, enfermos tambien, han seguido del mismo modo... El hambre vuelve á hacerse sentir... A las doce de la noche nos despiertan para repartinos carne. La recibimos: pero qué hacer con ella, sin leña para encender fuego? Podemos buscarla: pero no nos permiten salir del campamento. Nuestro batallon ha sido puesto entre centinelas, y está prohibido apartarse del rádio señalado. Temen que *desertemos?*... Ni agua nos dejan traer... Qué piensa esta gente *directora?* Vuelve el descontento y todos

protestamos contra semejante é injustificada tiranía . . .

---

14 Despertamos á la voz de: á formar con frenos y coginillos, para tomar caballos! Ensillamos. La carne cruda pasa á las maletas. Nos ponemos en marcha sin haber tomado mate siquiera. A las 2 p. m. un descanso. Se encienden los fogones y comemos, devoramos los pedazos de carne asada! Hacía cuarenta horas que no tomábamos alimento. Un acto brutal aumenta nuestro disgusto. Durante la marcha, un compañero perdió una baqueta, y otro al castigar el caballo con el remington, tuvo la desgracia de que se quebrára la caja del arma. Por esto solo les aplican un castigo bárbaro. Ambos han sido puestos en *cepo de lazo!* Y somos nosotros los que vamos á combatir la tiranía? . . . Si en estos momentos, cuando todos somos ciudadanos y estamos en país estrangero, los señores gefes se conducen así, qué será el dia que triunfemos, si triunfamos? . . . Francamente, esto no me gusta!

A las 6 continuamos la marcha y nos detenemos á las 11 de la noche.

15—Dos dias hace que no nos lavamos la cara. Hubiéramos tenido tiempo de hacerlo, pero no nos han dado permiso. Ahora todos parecemos poetas románticos... por lo súcios y melenudos Y la comida? Nos mantenemos con queso y este alimento es peligroso. En cuántas *apreturas* nos vemos! Algunos *muchachos* pasan hasta una hora empeñados en una operacion que siempre ha sido muy breve y natural. Cuántos árboles han recibido estrechos abrazos en las horas de terrible angustia!...

Hemos acampado en la costa del arroyo Toledo. Nos permiten tomar un baño. Por fuerza el agua ha de quedar turbia... Algo satisfechos buscamos nuestros recados para preparar la cama de campaña: pero no ha sonado todavia la hora de *silencio*, cuando uno de los centinelas, grita:

—Alto! Quién vá?

Un ginete se detiene á quince metros de

nuestras carpas. Lo reconoce la guardia. Es un chasque que viene del Chajarí con comunicaciones para el General Arredondo. Lo hacen pasar. Media hora despues todos estamos en movimiento. Los ayudantes han trasmitido la órden de marcha. Muchos compañeros duermen profundamente y hay que sacarlos del *nido* haciendo uso de la fuerza. A ensillar!... A las doce de la noche la columna se puso en marcha. Porqué marchamos á tal hora? Qué ocurre? Quién nos amenaza?

—Nos quieren desarmar! dice uno.

Aseguran que las fuerzas de Santos han pasado el Uruguay y vienen á atacarnos en territorio argentino! agrega otro.

—Es que el General quiere acostumbrarnos á estas cosas! añade un tercero.

Los comentarios se prolongan y se enredan cada vez mas. Cada uno piensa lo que quiere. Los enfermos quedamos en las carretas.

16—A las cuatro de la mañana me incorporo penosamente en el carro donde

reposan otros dos compañeros. La idea de que á mis amigos les puede haber ocurrido algo grave, me mortifica y me despierta cuando todavia no hay mas luz que la del alba. Aparto el toldo de la carreta y miro al campo. Distingo confusamente, á pocas varas de distancia, una porcion de bultos que se mueven de un lado á otro como si estuvieran empeñados en buscar algo que no encuentran. A medida que la luz avanza aquellos bultos informes van destacándose hasta que aparecen á mi vista quince ó veinte carreros, hombres, muchachos y mujeres, que husmean el campo abandonado anoche por nuestra columna. Buscan con ánsia cuanto puede haber quedado allí, despues de la marcha precipitada. Recogen cuchillos, maletas, algunas piezas de ropa, pedazos de carne, etc. Son verdaderos cuervos que nos persiguen con hambre! Despierto á mis dos compañeros de infortunio y les hago observar la escena que se desarrolla á nuestra vista. Todos pensamos; ¿cómo será la rapiña despues de una derrota? . . .

Hace hoy un mes que hemos salido de

Buenos Aires. Cuántos sufrimientos en esta campaña que considero inútil! . . . A las 12 1/2 p. m. nos incorporamos á la columna, que está acampada en la márgen oriental del rio Mocoretá. Este rio es la línea divisoria entre las provincias de Entre-Rios y Corrientes.

El General Arredondo manda una comision de doce hombres con órden de apresurar la marcha de los carros en que viene el armamento. Se acentúa el rumor de que nos van á desarmar. Algunos gefes y oficiales manifiestan la resolucion de luchar antes que hacer entrega de las armas. Un amigo dice en voz alta: "—Antes que entregar las armas, me suicido!" Estas voces alarmantes nos contrarían en estremo; pero abrigamos la esperanza de que no han de realizarse los anuncios . . . . Formamos campamento y el General Arredondo sigue para el Chajarí con su Estado Mayor. Dicen que desde hoy marcharemos precipitadamente.

17—La luz del alba nos sorprende ensillando nuestros *parejeros*. Minutos depues, la columna se pone en movimiento. A las dos horas de marcha, notamos que el terreno se presenta accidentado. Aparecen á la vista cuchillas elevadas y terrenos muy semejantes á los de nuestra patria. Así marchamos hasta las 10 a. m. A esta hora contemplamos, desde lo alto de una colina, un monte que se estendia á lo léjos, presentando una línea ondulada. Son los montes del Uruguay! Cuántas patrióticas ideas nos asaltan!.... Las penalidades y sufrimientos del camino desaparecen por completo á la vista de aquellas costas queridas. Subiendo y bajando cuestas y cuchillas, llegamos á distinguir un caserío. Es la Estacion y pueblo del Naranjito. Pasamos junto al Cementerio. Cuánta tristeza! Aquí no hay tumbas lujosas, ni mármoles, ni bronces, ni coronas de azabache, ni siquiera una flor que demuestre un recuerdo. La pobreza de los muertos está en armonía con la pobreza de los vivos!.... Un enorme paraíso se destaca sobre aquel sitio fúnebre.... En sus brazos, ó ramas, sostiene varios ataudes,

forrados en coco de diversos colores. Un poeta le llamaria el árbol de la muerte: en ese paraiso hay mucho de sagrado y de humano, porque sus gajos frondosos deben alimentarse con el grasoso residuo de los cadáveres. Despues del árbol, varias cruces de madera, enterradas en el suelo; y rodeado el todo por un cerco de postes de *ñandubay.* Tal es el cementerio del Naranjito. Al pasár nos descubrimos con respeto, pensando quizá en el sitio solitario donde mañana caerá el cuerpo herido de alguno de nosotros.... Una hora despues acampamos en la costa de la Laguna Negra, nombre dado á un pequeño brazo del Uruguay. Estamos á una legua del Naranjito. En este sitio encontramos al capitan D. Ramon Costa, que manda un grupo de italianos.

De noche, subiendo á las cuchillas vecinas, se vén los fogones del enemigo acampado, rio por medio, sobre la costa del Uruguay. Las guardias santistas son numerosas y ocupan larga estension.... La vista de aquellos fogones nos reanima y entusiasma. Todos deseamos que llegue el momento de

medir nuestras armas con aquel ejército que sostiene la causa del tirano.

18—Alegría en la naturaleza y en nuestros corazones. Risas, cantos y música. Nos entregamos complacidos á la verdadera vida de campamento. Allá vá un ex-dandy, con un pequeño lio bajo del brazo, en direccion al arroyo. Qué lleva? Quiere aprovechar el dia lavando la única camisa que le queda!.... Otro surce el uniforme desgarrado, por donde se le vén las carnes, pues las ropas interiores ha tenido que cambiarlas por galleta y tabaco!.... Otro limpia afanosamente su remignton y mas allá, otro, para tomar mate, se destroza los pulmones soplando el fogon donde no quiere arder la leña verde que el monte vecino nos proporciona.... Cuánto cuadro perdido!....

De tarde llega á nuestro campamento el comandante Octavio Ramirez. Otros grupos se incoporan poco despues, formando un total de 300 nuevos compañeros.

19—Mi entusiasmo ha bajado un 50 por ciento. Anoche apenas he pegado los ojos, dando vueltas á las mil cosas que me están quemando el cerebro. Hubiera deseado seguir en la santa ignorancia correspondiente á la humilde categoría que ocupo en el ejército. Pero la maldita política: el interés de conocer cómo anda la direccion del movimiento, me han causado un profundo disgusto. Un amigo, ex-condiscípulo que tiene libre acceso á la carpa de los Generales, me llamó anoche á una distancia de nuestro fogon y habló con sinceridad filial: -- "La revolucion, me dijo está á punto de fracasar. Hay sérios disgustos entre los directores del movimieno y conviene que tú, que vienes á sacrificarte desinteresadamente, no ignores lo que pasa. Entre el Comité que ha quedado en Buenos Aires, una camarilla que se ha formado aquí, el General Arredondo y el General Castro, hay un enredo de todos los demonios. Me parece que aquí hay una tremenda lucha de ambiciones y que falta lealtad, abnegacion y patriotismo. Todo se hace sin órden; no hay concierto ni organizacion en nada. El

Coronel Puentes debia haber pasado al Brasil para invadir por la frontera en combinacion con el Coronel Galeano y otros gefes; y Puentes sigue en Monte-Caseros y Galeano en el Brasil. Los cañones han quedado en Buenos Aires, las caballadas están dispersas y el Gobierno Argentino, con sus reiteradas exigencias nos ha puesto en esta alternativa: "ó pasamos ó nos disolvemos." El General Arredondo continúa impasible y el General Castro recien ayer debe haberse puesto en marcha para esta. Cómo se efectuará el pasage? Del otro lado nos espera un ejército poderoso y á nosotros nos faltan elementos para luchar sériamente en el instante de pasar."

—Y no se habla de probables pronunciamientos en el ejército de Tajes? le interrogué.

—Se habla! Se habla tanto! continuó— El General Castro tiene cartas de gefes del ejército en que le dicen que contra Arredondo quemarán hasta el último cartucho: que si él fuera el gefe del ejército revolucionario, *seria otra cosa.* Esto ha hecho surgir la idea de dar á Castro el mando en ge-

fe del ejército.... Parece que se habia previsto esto de antemano, pues en los compromisos firmados en Buenos Aires se estableció "que el General Castro renunciaba el mando supremo del ejército, por encontrarse mal de salud." Ahora se pretende que este recobre la categoria renunciada, declarando que se encuentra en el goce perfecto de su salud." Los del Comité se oponen á esa idea, y tienen mas confianza en el apoyo que el General Roca puede prestar al General Arredondo, que en los pronunciamientos que pueda haber en el ejército oriental. El Dr. José Pedro Ramirez, impaciente por la demora y comprendiendo que el Gobierno Argentino puede hacer efectiva la órden de desarme de nuestras fuerzas, conferenció con el General Arredondo, le demostró la conveniencia de activar las marchas y la necesidad de trasmitir órdenes espresas al Coronel Galeano y demás gefes que se hallan en la frontera. Sabes lo que le contestó el General Arredondo, despues de oirle?...Pues se limitó á interrogarle en esta forma: "Y dígame, Doctor, sabe vd. dónde está situa-

do el pueblo de San Eugenio.... Todos, en vista de la frialdad con que el General Arredondo trata estas cuestiones importantes, esperan de él algo extraordinario que garantice el éxito de la empresa." Muchas otras cosas me confió mi amigo que me han desalentado por completo...

Llegan al campamento los grupos mandados por los Coroneles Vazquez, Amilivia y Ordoñez. Cuántos amigos! Teófilo D. Gil, ex-redactor de *La Razon*, y algunos de sus hermanos forman como *simples soldados* en el batallon de Amilivia. Me cuesta trabajo reconocer á Teófilo, negro, barbudo, de blusa y boina. En el mismo cuerpo encuentro al Sr. Gutierrez, mi escelente vecino de Montevideo, transformado en Sargento veterano. Recordamos el dia de nuestra partida, y el buen hombre, al evocar el recuerdo de la esposa y de los hijos ausentes, no puede contener algunas lágrimas que corren silenciosas sobre su rostro tostado por el sol. Gutierrez me refirió las peripecias de la marcha, agregando que al llegar á la antigua estancia del General Urquiza,

el General Castro, que se encontraba allí, habia distribuido entre ellos una fuerte suma de dinero, auxiliándolos en cuanto necesitaban. Agregó tambien algunas malas noticias; varios compañeros que en la travesía quedaron rezagados, fueron muertos por bandidos correntinos que pertenecian á la partida del célebre Cabo-Blanco. Vengaban así la muerte de su gefe.

20—El General Castro está en el campamento. Ha sido recibido con demostraciones de agrado. Es un anciano simpático. Alto, grueso, cabello y barba blanca; se conserva vigoroso apesar de sus setenta años de edad. Viste de pantalon, saco, sombrero de anchas álas y botas de montar. No obstante su avanzada edad es sumamente ágil para el caballo. Pasa al galope por nuestras carpas y nos saluda con sus habituales y cariñosas palabras: "Adios, hijos!"...... Han llegado otros grupos. El General Arredondo pone en libertad á dos de los jóvenes de nuestro batallon, que venian presos. Al despedirlos,

les dice; "Vds. son dueños de ir á donde les convenga: pero yo les suplico que vayan á Buenos Aires y se muestren bien: pues allí dicen que los he fusilado por espias y traidores." Hoy mismo se ponen en marcha, llevando infinidad de cartas para nuestras familias y amigos. Otro de los presos continúa detenido en el ejército. Se le acusa de ser espía. Tambien vá otro preso, por desercion. Necesito referir un curioso episodio. Las simpatías que nuestra causa despierta entre los habitantes de Entre-Rios y Corrientes, son generales; á veces me parecen exageradas, cuando veo á las autoridades locales confraternizando con nuestros gefes, que marchan uniformados, con espada al cinto y las insignias y galones de sus respectivos grados puestos en el vistoso uniforme. En todas partes nos reciben con los brazos abiertos, como si nuestra causa fuera la de ellos. Cierto dia se presenta en el campamento un Juez de Paz de Seccion, custodiando á un preso. Se acerca al General y le dice: "Señor, ese que traigo ahí es un pillo; siempre que lo pongo en libertad reincide en el delito de

abigeato. Ahora lo he condenado á seis meses de servicio en el *ejército de la revolucion.* Vengo á entregarlo." No fué posible desairar al Sr. Juez; y el preso pasó á un batallon.... pero por pocas horas: pues esa misma noche, le robó el caballo ensillado á nuestro buen amigo D. Emilio Lecot, y hasta la fecha no hemos vuelto á tener noticias de tan respetable caballero. Júzguese de los ternos que echaría Lecot... contra el Juez!...

21—Dicen que el General Arredondo sufre de *spléen* y lo voy creyendo. Hoy le ha dado por dejarnos dormir. Ha pasado la hora del ejercicio y todavia continuamos tendidos en nuestros espléndidos lechos. Nadie se acerca á molestarnos. Qué habrá? Es la pregunta unánime. Por fin, sabemos que el General ha dicho: "Pobres muchachos! Déjenlos dormir y descansar hoy que es domingo!" Es la primera vez que se muestra amable con nosotros. A las 6 p. m. empieza á llover y el aguacero se prolonga hasta las once de la noche. Empapados

buscamos un sitio junto á los fogones. Circulan voces desagradables sobre la actitud de los *copetudos.* No quiero hacerme éco de ellas.

22—Hay 1,500 hombres en el campamento. Al toque de diana todo el mundo de pié. El dia amanece nublado. La línea de fogones ocupa largo trecho. De pronto una detonacion nos pone en alarma. Corremos en direccion á las carretas, donde ha sonado el tiro. Vemos allí, revolcándose en el suelo, á un pobre gaucho que presenta deshecho el cráneo. Una bala de remington le ha pegado en la cabeza. Frente al hombre moribundo, se encuentra de pié, mudo de espanto, un pobre muchacho de nombre Vicente Oviedo, sosteniendo la carabina con que ha herido al otro. Fué conducido al cuerpo de guardia, donde se le puso preso é incomunicado. Del sumario instruido, resultó que Oviedo, sabiendo que un pariente suyo marchaba á la revolucion, habia venido al ejército con el objeto de abrazarle. Quiso probar la carabina que

llevaba su pariente; se escapó el tiro y la bala pegó á este en la cabeza, causándole una muerte casi instantánea. El proyectil penetró sobre la ceja derecha y fué á salir por la parte posterior del cráneo, abriendo una boca deforme. Oviedo fué puesto en libertad. Habia caido en un estado de postracion que inspiraba lástima.... Por la tarde forma nuestro batallon y, por primera vez, hace ejercicio todo junto, mandado por el Comandante Dominguez. Nuestros gefes nos felicitan.

---

23 Dia de disgusto. El Mayor Rodriguez Larreta, segundo gefe de nuestro batallon, provoca un incidente desagradable del cual es víctima nuestro querido compañero José Batlle y Ordoñez, Capitan de la 1ª compañia. La justicia perece en este caso y al Capitan Batlle lo separan de nuestro cuerpo y lo mandan en calidad de detenido á la guardia del batallon Ramirez. Este hecho nos indigna á todos, y si no protestamos, es por no producir un gran escándalo en momento como este. A las

4 p. m. forma el bátallon y hace ejercicio bajo el mando del Coronel D. Bernabé Martinez, quien nos felicita por nuestra disciplina y concluye diciéndonos: Serán ustedes de los primeros en entrar al combate!

Casi hemos lamentado una sensible desgracia Miéntras la 4ª compañia de nuestro batallon hacia simulacro de ejercicio de fuego, salió la bala de un remington que habia quedado cargado, en momentos que pasaba por allí, á caballo, nuestro querido compañero Eugenio Garzon. El proyectil pasó rozando el hombro de éste. Nuestro amigo se dió vuelta tranquilamente y dijo, riéndose: "Vean si soy guapo para las balas!"

Llegan las fuerzas de caballeria al mando de los Coroneles Salvañach, Enrique y Benjamin Olivera, Laudelino Cortés y otros. El escuadron de Salvañach trae banderolas *blancas* en las lanzas. En el acto, el General Arredondo, manda esta órden: "Que saquen esas banderolas. El ejército revolucionario no llevará mas colores que los de la bandera de la pátria!"

Afortunadamente, segun me anuncian, han desaparecido las desavenencias que existian entre los directores del movimiento. El General Arredondo y el General Castro se han reconciliado. El primero, en vista de las razones alegadas por personas influyentes, cede al segundo el mando del ejército al norte del Rio Negro. Con verdadera satisfaccion he notado que nadie entre nosotros habla de bandos tradicionales. Todos, *blancos* y *colorados*, no tenemos mas aspiracion que el triunfo de la idea nacional que nos agita.

---

24 — Los Generales Castro y Arredondo pasan revista á las fuerzas. Todos los cuerpos han formado. Se calcula en 1,700 el monto total de nuestros soldados. Hay gran entusiasmo. No sé porqué me encuentro casi indiferente en medio de esas calurosas manifestaciones. Al pasar los Generales, se dieron estos *vivas*:

—Viva el General D. Enrique Castro!

—Viva el General D. José Miguel Arredondo!

El General Arredondo se dirije por primera vez á la tropa y nos invita á dar el siguiente viva:

– Viva el General en Gefe del ejército revolucionario al Norte de la República, General D. Enrique Castro!

Los Generales saludan con el sombrero, hacen girar los caballos y vuelven á sus carpas..... Mas tarde llegan nuevos grupos de amigos. La Orden General del día consigna lo siguiente:

"Nómbranse: - Gefe de la 1ª Division de Caballería, al Coronel Urán.

De la 2ª Division, al Coronel Laudelino Cortés.

De la 3ª, al Coronel Juan P. Salvañach.

De la 4ª, al Coronel Juan Manuel Puentes.

Gefe del 1er batallon de Infantería á D. Rufino Dominguez.

Del 2º, al Teniente Coronel D. Octavio Ramirez.

Del 3º, al Teniente Coronel D. Gerónimo Amilivia.

Del 4º, al Tte. Coronel D. Pablo Ordoñez."

Al caer la tarde, de la Mayoría de nues-

tro batallon nos trasmiten esta órden inícua que anoto aquí para vergüenza de los que la dictaron. Decia la órden: "Si el Capitan José Batlle y Ordoñez penetra á nuestro campamento, se le intima órden de retirarse: si no obedece, ¡fuego!" Declaro con toda franqueza y en homenaje á la verdad, que ningun soldado de nuestro batallon hubiera cumplido esa órden bárbara, pues era notoria la injusticia de que José Batlle habia sido víctima.....

Me siento algo enfermo.....En las primeras horas de la noche oigo cantar las siguientes patrióticas décimas que un conocido abogado oriental, brillante escritor y ex-diplomático, improvisó en Buenos Aires, durante una comida al Coronel Puentes:

LA CAUSA POPULAR.

I

Bajo el poder infamante
De una cuadrilla menguada
Yace la Nacion postrada,
Sin aliento, agonizante.
¿No hay fuerza que la levante

De su angustia y su dolor?.....
Ah! Tiemble el bando traidor
Porque ya las orientales
Despliegan, nobles y leales,
La enseña del patrio honor.

II

Puesto que el bien y el derecho
Cayeron hechos girones,
Y de las instituciones
Sangriento escárnio se ha hecho,
Pongan al acero el pecho
Los audaces opresores,
Defiéndanse los traidores,
Porque hoy á tomarles cuenta
Se arroja el pueblo insultado;
Y alzando el derecho hollado
Lavará en sangre su afrenta.

III

Ya no es la voz del partido
Lo que el entusiasmo agita,
Union! la patria nos grita
Y ¡*union*! hemos prometido.....

Aquellos que han ofendido
Y azotan á la Nacion,
Esos los réprobos son...,
Esos son los adversarios,
Cuyos crímenes nefarios
Merecen ruda expiacion,

IV

En el fuego, en la batalla,
Es la gloria nuestra guia,
Y de los libres el dia
Abrirá nuestra metralla....
Y hoy que el patriotismo estalla
Para ajusticiar tiranos,
¡Libertad y gloria! ufanos
Entonen los trovadores....
Y á los héroes brinden flores
Las bellas con tiernas manos.

Un ruidoso *bravo!* al intérprete y al distinguido autor de tan bella y entusiasta improvisacion. Un canto patriótico en estos momentos es para nosotros así como un himno del cielo. Yo mismo olvido mis dolores para aplaudir frenéticamente....

25—Maldito cráneo! Parece que quisiera dividirse en pedazos. Esto es algo mas que un tabardillo: la fiebre me devora. No puedo mover el cuello: me han colocado un caústico en la nuca. Hermoso corbatin militar! Estoy tendido en un carro, y segun me dicen algunos compañeros, anoche hablé hasta por los codos, sin saber lo que decía Los Doctores Ferrer y Ponce, médicos del batallon, dicen que esto es la consecuencia de los solazos recibidos. Sea lo que quiera, el caso es que no puedo moverme. Algunos amigos me rodean. Les oigo hablar sobre nuestros asuntos. Un sargento de la division del Coronel Puentes, refiere un incidente relativo al famoso Capitan Martirena: Puentes se hallaba acampado en el Ceibo, cuando Martirena promovió un barullo en una pulpería, desobedeciendo mas tarde las órdenes de su superior el mayor Vellozo. Al siguiente dia el Coronel Puentes tuvo noticia del suceso y ordenó la separacion de Martirena El Mayor Estomba se encargó de ejecutar la órden. Mandó formar el escuadron y notificó á Martirena que debía retirarse y no volver

al campamento. Martirena exclamó:—"Es posible, Mayor, que castigue así á un compañero?" "No soy yo el que lo castiga—contestó Estomba—Es la ordenanza militar la que le impone esa pena." Martirena se retiró del campamento, seguido de ocho ó diez gauchos que no quisieron abandonarle. Mas tarde se presentó al General Arredondo.

Otro cuenta que al pasar por San José de Feliciano, el Cura de ese pueblo, partidario decidido de nuestra causa, dijo en medio de su entusiasmo:—"Les aseguro que si no fuera esta sotana que me sujeta, hoy mismo vestía el uniforme del revolucionario oriental. Esta es una nueva cruzada redentora."

Un tercero agrega este chisme: El General Arredondo al saber que intentaban quitarle el mando del ejército, exclamó: "No entregaré á nadie el puesto. Solo espero un refuerzo de 600 hombres para invadir. Iré con los que quieran acompañarme." El mismo amigo añade que el General Arredondo recibió una nota del Comité en Buenos Aires, donde le pedían noticias sobre

su plan de campaña. Su contestacion fué romper la nota en presencia del portador, Dr. Gonzalez Arrascaeta. Oigo tambien que se ha recibido un telégrama de Buenos Aires, anunciando que en el *Silex* vienen de Montevideo tres individuos con el propósito de asesinar al General. El despacho consigna las señas de los sujetos. Se añade que el General Arredondo ha tenido una larga entrevista con el Diputado argentino, Sr. Baibiene y que este en nombre deR.....le dió seguridades de que el Coronel Bernal—que ha llegado con su regimiento —no nos desarmará. El Sr. Babiene ha regresado á Buenos Aires en el *Rivadavia*.... Quiero oir otras cosas, pero no puedo....Me zumban los oidos y parece que tuviera telarañas en los ojos....Calculo que no podré continuar este *Diario*.... Algun buen amigo se encargará de recojer estas páginas y continuar el hilo de la narracion....Si así no sucede, la *Cartera del recluta* quedará inédita...........................





VIII

La invasion—Los combates y el desastre

Querido compañero: Recojo su *Diario*, y aunque no seguiré con igual método la narracion, escribiré aquí, imparcialmente, sin pasiones y con sobriedad en los comentarios, cuanto pude ver y oir en la continuacion y breve fin de nuestra desgraciada campaña. . . . Mas me preocuparé del fondo de verdad, que de la elegancia de la forma. En estas cosas, me parece que los melindres y acicalamientos literarios caen tan armónicamente como una levita sobre un *chiripá*. Tal es mi opinion, y allá vá la descarnada relacion de los sucesos:

El 22 de Marzo habian conferenciado, en la Estacion Naranjito, los Generales Castro y Arredondo poniéndose de acuer-

do en un punto importante: ambos generales asumirían el mando conjunto del ejército. Castro mandaria al Norte del Rio Negro y Arredondo al Sud, procediendo siempre, y en todos los casos, de comun acuerdo. Convinieron asimismo que el General Arredondo continuaría al frente del ejército, mientras nos encontráramos en territorio argentino. Esta modificacion de los compromisos firmados anteriormente, fué recibida con gran agrado. Despues de este convenio, se pensó sériamente en el pasaje. El General Arredondo tomó todas las disposiciones que consideró convenientes para el caso. El Dr. Aguirre y el Coronel Puentes habian contratado, en el puerto de Monte-Caseros, varias chatas pertenecientes á un Sr. Medina. Esto dió motivo á que se generalizára la creencia de que íbamos á invadir por la frontera brasilera, para incorporarnos con los jefes Pampillon, Galeano, Arroyo, Saura, Trias, etc., que nos esperaban con elementos organizados para pronunciarse y con el Comandante Simoens que debia apoderarse de San Fructuoso y dominar parte de la

campaña del departamento de Tacuarembó. Este plan, indicado oficiosamente por el General Castro, se miraba con simpatía, pues atravesar la línea de frontera brasilera, ofrecia mas facilidades que vadear el Uruguay, mucho mas cuando teníamos en frente un ejército numeroso. Mientras se iniciaban esos trabajos preliminares, corria el término de *dos dias*, dado por el Coronel Bernal, comisionado argentino, para proceder al desarme y disolucion de nuestras fuerzas. Vencidas las 48 horas, el 26 de Marzo, el Sr. Comisionado argentino repitió la intimacion desde Caseros, previniendo al señor General Arredondo que *iba á dar cumplimiento sin mas dilacion á las severísimas órdenes que tenia de su gobierno.* El General Arredondo contestó:—"Que en cumplimiento de la órden de desarme recibida, al siguiente dia—27 de Marzo—procedería á entregar y depositar las armas de los grupos inmediatos á la Estacion Naranjito." Recibida la segunda intimacion el 26, á la tarde, el General Arredondo mandó llamar al General Castro—por intermedio de su ayudante el

Sr. Garzon.— Cuando conferenciaron los dos Generales ya se habia tocado á ensillar. Al ponerse el sol las caballerías salian del campamento. Llevaban esta órden: "dirigirse á la estacion, desensillar, largar los caballos y esperar allí." La infantería, menos práctica para agarrar caballos, demoró hasta las 9 de la noche. Como era natural, el ejército ignoraba el plan del pasaje y no sabia á dónde le llevaban. Sin embargo, la idea de que aquella operacion era preliminar del pasaje despertó en todos grande entusiasmo. Montó el batallon 1º y sus soldados entonaron el himno de la patria, que fué repetido por el 3º y el 4º. El batallon 2º, al mando del Comandante Ramirez, ya habia marchado á la estacion. Fué el primero que ensilló, apesar de tener un contrapeso de 53 personeros italianos. A las 10 de la noche estaba todo el ejército en la estacion, formado en los costados laterales de la via. A las 11 llegó una locomotora de Caseros: puso en movimiento algunos carros y se ordenó la carga de recados y municiones. A la una de la mañana llegó de Concordia un tren ex-

preso con gran convoy. Venia en él el Coronel Gaudencio, los doctores D. José Pedro y D. Cárlos Maria Ramirez y el Sr. D. Julio Lamarca. Los Generales Castro y Arredondo estaban en la estacion. Acercóse el Dr. José Pedro Ramirez al General Arredondo y, despues de saludar, le dijo:

—Me imagino, General, que ya habrá mandado los caballos!

—No —contestó Arredondo —porque los necesitaba para traer la gente á la estacion: pero van á llevarse inmediatamente.

En efecto, el Capitan Burgos, de la division de Salvañach—con diez hombres y otro oficial del escuadron del Comandante Olivera, con igual número de soldados — recibieron la comision de recoger toda la caballada y marchar con ella, á la madrugada, Uruguay abajo. A las 4 de la mañana del dia 27 salió el primer tren y á las 6 el segundo. A las 10 pasaba este último el puente de Gualeguaycito. Hizo alto, y las fuerzas que habian sido transportadas se internaron en el monte. Allí pasó el ejército todo el dia

27, con prescindencia de una parte del batallon 1º, que habia quedado en la Estacion Naranjito, por falta de wagones, y del batallon Vissillac, que aun no se habia incorporado. En la noche del 27 fué transportado todo el ejército á la Estacion Central de Concordia, formando campamento en las inmediaciones del puerto. El batallon Vissillac habia llegado el 27 á la Estacion del Naranjito: inmediatamente tomó el expreso que lo esperaba y á las cuatro de la mañana del 28 llegó á Concordia: se le distribuyó el uniforme y en el acto dirigióse al muelle del ferro-carril, por cuyo punto se embarcó en un pailebot. Durante esa madrugaba se efectuó el embarque de las municiones y recados, en varias chatas preparadas al efecto. Poco despues embarcóse el batallon 1º y parte del 3º en el vapor *Comercio* fondeado en el puerto de Concordia. Llegó el dia. Los vaporcitos que hacen la carrera entre Salto y Concordia empezaron á funcionar. A medida que llegaban del Salto eran detenidos por las fuerzas del Coronel Salvañach, quien habia sido nombrado de servicio esa noche para

vigilar la costa del Uruguay, desde la barra del Ayui Chico hasta la barra del Yuquerí Grande. Durante la noche habian caído en poder de sus guardias cuatro espias santistas mandados por el portugués Cuitiño, Receptor del Salto y por el Gefe Político, Sr. Córdoba.

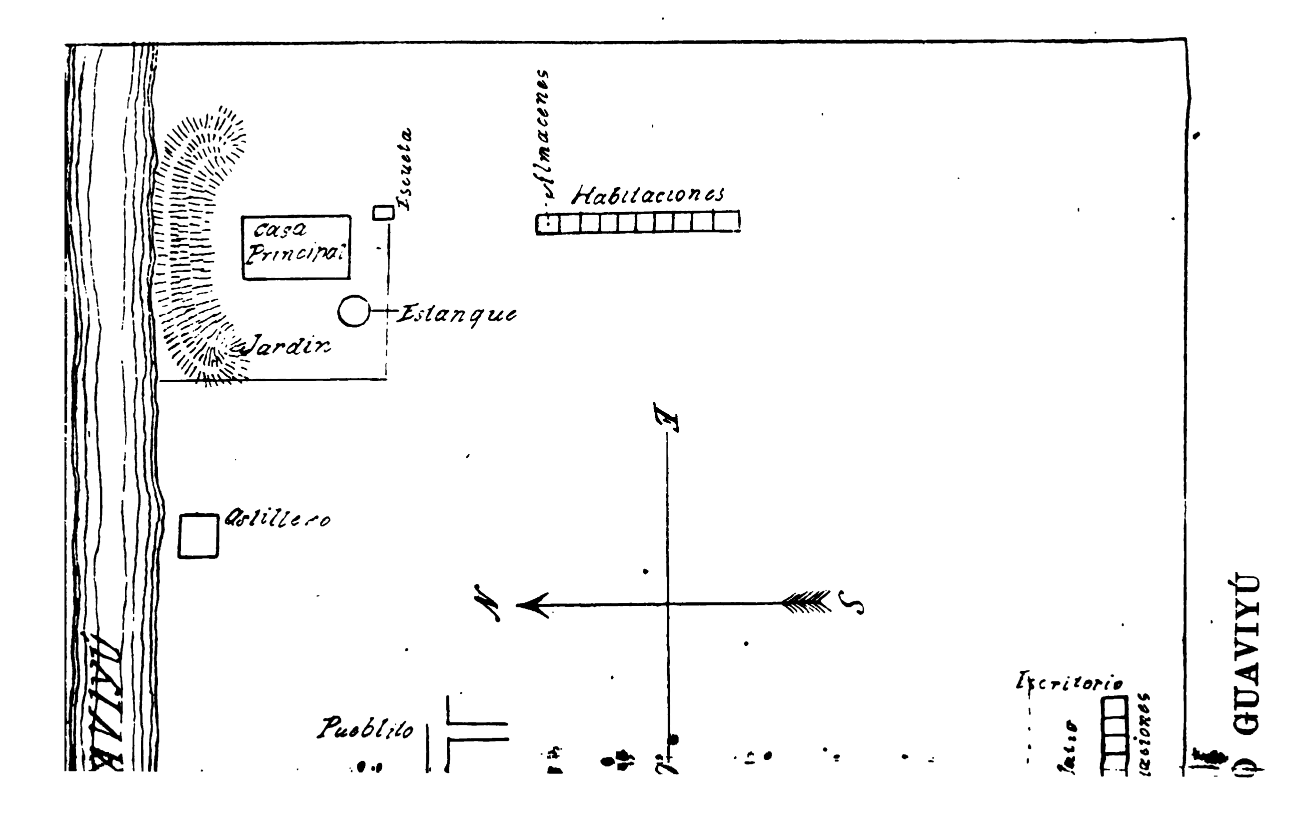
A las 7 de la mañana sonó la vocina de los vapores *Júpiter* y *Leda* fondeados en el puerto del Salto. El júbilo asomó al semblante de todos, pues esperábamos con impaciencia la partida de aquellos buques: en algunos instantes, y en vista de su demora, habíamos llegado á creer que las autoridades del Salto los detendrían. Media hora despues fondeaban en Concordia. La falúa de la Capitania salió para pasar visita y apenás se hubo alejado del vapor *Júpiter*, saltó á bordo de este el Sargento Mayor D. Gabino Valiente con varios ciudadanos. Apresó el buque y dejó en él una guardia. Igual operacion realizó el Coronel Salvañach con el vapor *Leda*; dejó á bordo de este buque una guardía de 20 hombres del batallon 1º. al mando del Teniente D. Trifon Estevan. A las 11 y 30

a. m. se terminó el embarque del ejército. Poco despues partió la flotilla de que se había apoderado el ejército revolucionario, compuesta de los vapores *Júpiter*, *Leda*, *Comercio*, *Estrella*, un pailebot, una goleta dos chatas y cuatro vapores remolcadores. Un pueblo nos aclamaba desde la costa argentina y en la costa oriental corrian de un punto á otro las guardias de Santos. A las 4 p. m. tuvimos á la vista al vaporcito de guerra *Guarda*. Le dimos alcance y se le intimó rendicion. El capitan hizo señas desde la borda demostrando asentir; pero al enfrentar á la barra del Chapicuy, viró para guarecerse en ese arroyo. En vista de esto, una compañía del batallon 2°. le hizo una descarga desde la cubierta del *Júpiter*: otros continuaron el fuego hasta que el vaporcito desapareció en el arroyo. Supimos despues que algunos de los tripulantes habian quedado heridos.

A bordo del *Júpiter* fué apresado un espía, de apellido Carrillo, ó cosa así, que venía en Comision del Gefe Político del Salto. Fué condenado á prestar servicio en uno de nuestros batallones. En el mis-

SALA

Punto de desembarque


Casa Principal
Escuela
Almacenes
Habitaciones
Estanque
Jardin
Astillero
N
S
Pueblito
Escritorio

GUAVIYÚ



mo vapor encontramos al Sr. Bernardo Suarez, Inspector de Correos y persona bien colocada entre los hombres de Santos. Probablemente el Sr. Suarez temió algun acto inhumano de nuestra parte, pues no se cansaba de repetir á todo el mundo:—"Si yo soy mas revolucionario que vdes.! Si toda la vida he sido revolucionario! Si yo les contára los planes que tenía!.... Esto debía suceder! Todo el país estará con vdes. No hay un habitante de la República que desde el fondo de su conciencia no proteste contra el Gobierno de Santos, etc., etc." Al verle tan entusiasmado por nuestra causa, el Dr. Gil le preguntó: "Y porqué no nos acompaña?" A lo que el Sr. Suarez objetó: "No es por falta de deseos; pero, que quiere Doctor; la familia, los asuntos sin arreglar!.... Pero les aseguro que no pasará mucho tiempo sin que me incorpore á vdes"....

Poco antes de llegar al arroyito Guaviyú, se avistó un buque á proa. En ese momento el General Arredondo se encontraba en la cubierta del *Júpiter*. Estaban á su lado los señores Eugenio Garzon, Mar-

tin Aguirre, Coronel Salvañach, Edmundo Marquez, Alfredo Rivera, Rafael Rivero y otras personas. El Sr. Juliá, Capitan del vapor, se acercó al General Arredondo y le dijo: "General: Aquel buque que tenemos á la vista es la cañonera de guerra oriental *General Suarez.* Qué hago?" El General preguntó: "Cuánto tiempo tardará en llegar?" "Veinte y cinco ó treinta minutos" dijo el Capitan; y entonces el General Arredondo, con mucho reposo, ordenó: "Bueno, embique." El Sr. Juliá se le quedó mirando como quien no comprende ó no ha oido bien una órden. El General en un tono mas alto, repitió sus palabras. Y por toda la cubierta resonó el grito: "Que embique! Que embique!" La presencia del buque que avanzaba lentamente produjo bastante confusion en nuestra flotilla: pues todos creimos que, poniéndose fuera del alcance de nuestros fusiles nos haria fuego de cañon. Desde luego empezó una ansiosa espectativa.

En estas circunstancias y siendo las 4 y 30 p. m. llegamos al Saladero *Guaviyú.* El desembarque empezó en la parte Norte

de ese establecimiento, próximo á la barra del arroyo Guaviyú. El General Arredondo ordenó que las fuerzas desembarcáran en ese punto y no en el muelle del Saladero, como se había pensado al principio, por no avanzar mas hácia la cañonera *General Suarez*, que continuaba marchando aguas arriba. Los vapores *Júpiter* y *Leda* embicaron sobre la costa: pero en virtud del fuerte calado del primero, varó como á quince metros de la playa. El *Leda*, de menor calado, pudo aproximarse mas á la costa, empezando primero el desembarque. La operacion urgia: la cañonera *General Suarez* acortaba la distancia; la goleta que conducía al batallon Vissillac remolcada por un vaporcito aún no había atracado; y el vapor *Comercio*, remolcado tambien, estaba en la canal sin poder moverse, esperando los vaporcitos para trasbordar las fuerzas. En esta situacion verdaderamente difícil, solo se pensaba en echar la gente á tierra, Los dos botes del *Júpiter* empezaron á hacer el servicio con mucha lentitud. En vista de esto, el Mayor Valiente y los Ayudantes Luis Machado y J. B. Castro se arrojaron

al agua, y, desde el costado del *Júpiter* hasta la costa conducian á brazo y con suma rapidez, los botes de que disponian. De este modo lograron desocupar el *Júpiter* antes de una hora. Los 500 hombres que tenía á su bordo desembarcaron en esa forma. Ya habia desembarcado la gente del *Leda.* Pisaron tierra, poco despues, los batallones 1º. y 3º. que conducía el *Comercio*, siguiendo finalmente el batallon Vissillac.

En el saladero existía una fuerza enemiga de mas de 200 hombres. Tocóle repelerla á la primera fuerza que pisó en tierra, que fué el Comandante Mena con cuarenta tiradores desmontados: desplegó á estos en guerrilla. Fué protegido en esta forma: por la derecha, el Comandante Ordoñez con una guerrilla de su batallon y por la izquierda el Mayor Costa con veinte de sus infantes. La fuerza enemiga, al mando del Teniente Coronel D. Fortunato de los Santos, se retiró de las ventajosas posiciones que ocupaba en el Saladero. Fué perseguido ese gefe hasta dos leguas de allí por el Comandante Mena, que había lo-

grado tomar algunos caballos, al ocupar el establecimiento del Sr. Piñeyrúa. El enemigo dejó cinco muertos llevando mayor número de heridos. Nosotros solo tuvimos una baja: el sargento distinguido D. Hilario Céspedes, herido en una pierna... Miéntras se tiroteaba al Comandante Santos, la cañonera *General Suarez*, antigua *Tactique*, continuaba su marcha hácia nosotros. En prevision de lo que pudiera ocurrir se mandó desplegar sobre la playa una compañía del 2º. y otra del 3º. en acecho de aquel buque.

La cañonera paró frente al Saladero, hizo un disparo de cañon, y saludó repetidas veces con el pabellon nacional. El batallon 1º formado en la cubierta del vapor *Comercio*, agitó su estandarte, dando vivas á la revolucion. Seguidamente tratóse de enviar un comisionado á la *Tactique*, para lo cual los Generales habian cambiado ideas con la rapidez que el caso exigía; pero en ese momento el buque viró y siguió marcha aguas abajo.—O nuestra flota se impuso al viejo casco de la *Tactique* ó á bordo de ese buque había corazones generosos que latian

á impulso de los sentimientos predominantes entre los que, llenos de esperanzas, pisaban el suelo de la patría.

Dos horas despues, á las 7 p. m. la cañonera *General Santos* se presentó de improviso frente á nosotros é hizo fuego de cañon y fusilería, produciendo en los primeros momentos la natural confusion entre nuestros soldados. El fuego de ese buque fué apagado por el batallon 5º al mando coronel Vissillac que se encontraba formado sobre la playa, y por una parte del batallon 3º, al mando del coronel Amilivia. El tiroteo duró diez minutos. De nuestro lado tuvimos siete bajas: dos muertos y cinco heridos; estos últimos fueron convenientemente instalados en una habitacion de la estancia del señor Amaro solicitada para hospital. Los cirujanos Imas y Baena les hicieron la primera cura. Quedando allí posteriormente, para asistirlos, el doctor Baena, el practicante Albistur y el farmaceútico señor Sanchez. Nuestros muertos eran Antonio Valverde, jóven de Montevideo, y un Capitan Ceballos, argentino, que se había presentado voluntaria-

mente abandonando el puesto de comisario de órdenes, que ocupaba en la Jefatura de Concordia. A las 8 p. m. fué despachado el vaporcito *Estrella* con destino á la costa argentina. Conducía al doctor Cárlos Ambrosio Lerena y Joaquin Carvallo: iban éstos en comision del General Arredondo. Supimos más tarde que habiendo sido sentidos por la cañonera *General Santos*, habian tenido que arrojarse al agua con riesgo de perecer ahogados, para no caer en poder de sus perseguidores... Esa noche fué nombrado de servicio el Coronel Cortés. Ocupó las guerrillas avanzadas el Comandante Mena con su escuadron y la escolta del General Castro al mando de su gefe, Sargento Mayor Valiente. Tomáronse esa noche cuatro prisioneros á las fuerzas del Comandante de los Santos que, creyendo que éste estuviera acampado en el Saladero, venian á incorporársele.

Se retiraron de la costa los recados y municiones, operacion en que se invirtió gran parte de la noche por tener personalmente que hacer el servicio á falta de caballos y carros. Ocupáronse en eso el

Mayor Valiente, Ayudantes Machado y Rodriguez con la dotacion de soldados correspondiente.

Nuestro infatigable gefe de Estado Mayor, Coronel D. Rafael Rodriguez, permaneció en espectativa casi toda la noche: Se hacía sentir en todas partes, ya en el punto del desembarque, donde se trabajaba en el trasporte de armas, municiones y recados, ya en los batallones ó en la línea de las guerrillas avanzadas. En la madrugada, el Coronel Cortés y el Comandante Mena lograron reuñir mas de ciento cincuenta caballos; montó parte de la caballería y esperábase que montaría el resto del ejército en las primeras horas del dia veinte y nueve, con las caballadas que debian recibirse de la costa entre-riana, las cuales desde la noche del 28 debieron estar frente al punto de nuestro desembarque.

Llegaron las 11 a. m. sin que los chasques que se habian mandado durante la madrugada trajeran noticias dela caballada: —á esas horas se avistó al Sud, la cañonera *General Suarez* en marcha hácia nosotros; — así lo hicieron anunciar á los Gene-

rales los ayudantes E. Garzon y J. J. Castro que desde el mirador de la estancia del Sr. Amaro hicieron el servicio de vigía durante toda la mañana.—Esperóse inútilmente hasta las doce de ese dia: á tres leguas sobre la márgen opuesta del Rio no se avistaba caballada alguna.

Se ha sabido despues que la prision del Comandante Trujillo y de sus hombres, hecha por autoridades argentinas, fué la causa que impidió el pasage de las caballadas: la prision se efectuó á instancia del señor don Tomás Tailor, hacendado de la costa del Arroyo Grande, quien denunció á la policía que Trujillo pretendía arrebatarle unos caballos que conservaba en un potrero. La policía, unida á la peonada de Tailor, armada esta oficialmente, prendió al comisionado Trujillo y á sus hombres remitiéndolos atados á la ciudad de Concordía en la mañana del 29. Se ha sabido tambien que Trujillo en la noche del 28 dirijió al comisario las siguientes palabras: —"Haga de mí lo que quiera, pero permítame enviar un chasque á Concordia á fin de que el Coronel Gaudencio sepa la cau-

sa que me impide cumplir la importante comision que me confiaron." Esto no le fué concedido; y esa severidad de la policía se atribuye á un telégrama espedido desde Buenos Aires en la mañana del 28 por el Gobierno Nacional con órdenes terminantes al respecto.... Nuestra situacion era difícil; se temía que de Paysandú se hubieran destacado fuerzas por el rio y que, desembarcando al norte del Queguay nos hostilizaran por el Sud;—idénticas sospechas teníamos con respecto al Salto y por otra parte la aproximacion de los buques de guerra colocaban á nuestro ejército en circunstancias que exigían urgentemente cambio de campo y que procuráramos internarnos para buscar en el país los elementos de movilidad que nos faltaban. Así se hizo; y á las 12 y 20 p. m. despues de haber cargado, en quince carros que se consiguieron durante la mañana, las municiones, armas y recados, se dió la órden de marcha. Trasmitida esta órden la columna se puso en movimiento en medio de los vivas á la revolucion y á los Generales, que los entusiastas y animosos soldados pronunciaban. Por

la plazoleta del Saladero, frente á la estancia del señor Amaro desfilaron los batallones por órden numérico, marchando á retaguardía la caballería desmontada.

Se tomó el camino de la cuchilla que conduce del Saladero á la estancia *Dolores*, del Sr. Amaro. Un freno, un cojinillo, trescientos tiros y el remington, era la carga que llevaban los soldados de infanteria, carga ya formidable, para subir y bajar las pendientes que ofrecia el camino en terreno tan accidentado como el que atravesábamos; sin embargo habia compañero que voluntariamente cargaba mas peso del ordenado. El sargento Chabrier, entre otros, en un envoltorio, hecho á su modo, cargaba al hombro su maleta, el freno y cojinillo, quinientos tiros y el fusil. En el trayecto, á no mucho andar, encontramos sobre el camino tres de los muertos causados el dia anterior á las fuerzas del comandante de los Santos.

La cañonera General Suarez enfrentaba á nosotros, pero pronto una altura nos intercepta. A cada media hora se hacia alto para tomar un descanso de cinco á diez mi-

nutos: así seguíamos la marcha que era interrumpida por mas tiempo, cuando los infatigables Mena ó Valiente nos esperaban en un costado del camino con algunos caballos en *ronda*, para las caballerias desmontadas que marchaban á nuestros flancos y á retaguardia. En esa tarde, Mena batió y rechazó una partida del Comandante de los Santos quitándole mas de cien caballos. Tal era el empeño que todos ponian en ver á las caballerias montadas, que ni los jefes, ni oficiales de infanteria, ni los Secretarios del General Arredondo, ni su Estado Mayor ni el de Castro solicitaban un caballo; marchaban á pié porque consideraban que el elemento de movilidad que podia adquirirse en los primeros momentos, debia reservarse para las caballerias desmontadas, por que eran ellas las que estaban destinadas á proveernos de caballos y al servicio importante de las descubiertas. A las 2 p. m. empezó á llover continuando una agua lenta hasta la noche. A las *nueve* llegamos á la estancia *Dolores* donde se dispuso que la infantería campara dentro de unos inmensos corrales

de ñandubay, y la caballeria á los alrededores.

Se nombró de servicio, en relevo del Coronel Puentes, al Coronel Salvañach. El cansancio ahogó el hambre en muchos de los compañeros y, apesar de estar mojados, despues de hacer evaporar un poco el agua en las cercanías de algun fogon, se tiraban sobre sus petates, fatigados, deshechos por la penosa jornada de siete ú ocho leguas á pié. En la estancia *Dolores* encontramos varios heridos dejados por la fuerza enemiga: nuestros Generales dieron órden de que nadie los molestara. En cambio nuestros cirujanos los asistieron solícitamente.

Con algunos pedazos de carne asada que llevaban los compañeros de fogon y con algunos *cimarrones* calientes vencimos un poco el frio y engañamos el estómago, entregándonos luego á un profundo sueño que fué interrumpido varias veces por ligeros chubascos que de tiempo en tiempo nos rociaban. Así pasamos la noche. Por la mañana aparecieron los corrales contíguos con las caballadas recogidas durante la madrugada. Montó toda la caballería,

cincuenta hombres del Batallon Ramirez y cincuenta del batallon Ordoñez.

A las 6 a. m. del dia 30 siguió marcha la columna tomando la cuchilla que dá caidas al Guaviyú y al Quebracho. De 9 á 10 a. m. al costado derecho, sobre el Quebracho, el Comandante Mena con los sesenta hombres que tenia á su cargo se tiroteaba fuertemente por esa parte, con la vanguardia de las fuerzas del Coronel Arribio, comandada por el Teniente Coronel Fortunato de los Santos en número de doscientos y tantos hombres. Querian vadear el Quebracho para que se incorporase Arribio con 800 hombres al ejército del General Tajes. Mena hizo echar pié á tierra en el paso y los contuvo manteniendo un fuerte tiroteo con guerrillas dobles tendidas por el enemigo. En este estado mandó á su ayudante Martin Soane con el parte al General Castro, pidiéndole lo hiciera protejer; se mandó á los Coroneles Puentes, Salvañach y Cortés con sus respectivos planteles de division en número de trescientos hombres. Mientras llegaba la proteccion al paraje en que

se encontraba Mena, distante legua y media próximamente de la columna, éste cargó al enemigo haciéndole replegar sus guerrillas avanzadas, y como Fortunato de los Santos conocia la intrepidez de su adversario, protegió sus guerrillas con el resto de su gente y lo cargó. Mena con sus cincuenta y cinco hombres, echó pié á tierra, imponiéndose al enemigo, que se contuvo. Volvió aquel á retirarse; ataca por segunda vez de los Santos y vuelve Mena á echar pié á tierra: sus valientes soldados se batian vivando á la revolucion. El enemigo estrechó los fuegos y de los Santos le gritaba al Comandante Mena: “ Estás muy cogotudo hoy, pero mañana te voy á lancear por la espalda.” En esta situacion se avistaron las caballerias de Cortés, Puentes y Salvañach. De los Santos se retiró, siendo perseguido por Mena hasta caidas al Queguay. De esas alturas volvió Mena al Paso del Quebracho, acampó allí, carneó y dió descanso á sus valerosos soldados.

La columna habia hecho alto cuando se recibió el parte de Mena. Se mandó carnear y en momentos en que se distribuia

la carne á los batallones, que con los fogones encendidos la esperaban impacientes, de las descubiertas de vanguardia, á cargo del Mayor Valiente, recibieron parte los Generales que se avistaba por el Palmar una columna enemiga de mas de mil hombres. Era la vanguardia del ejército del General Tajes compuesta de mil quinientos á mil seiscientos hombres. La formaban el batallon 1º de Cazadores, medio del 3º, el Regimiento de Caballería comandado por el Coronel Villar y la Division Paysandú (segun datos obtenidos por declaracion de varios heridos que el enemigo dejó en el campo del combate).

Recibido el parte del mayor Valiente, el General Arredondo mandóle un ayudante al General Castro anunciándole que iba á disponer las infanterías. Contestó el General Castro: "Dígale al General Arredondo que lo que él haga estará bien hecho; pues él sabe cómo se manda y cómo se pelea." Ordenó entonces el General Arredondo que el Batallon 2º y el 4º al mando de los Tenientes Coroneles Ramirez y Ordoñez se desplegaran en guerrillas sobre una línea

alambrada que corria por la cumbre de la cuchilla. Esta cuchilla ocultaba nuestra columna á las observaciones del enemigo— Con toda la infantería desplegada en guerrilla y protejida por escuadrones de caballería, el enemigo nos trajo la carga.—Fué contenido por los batallones indicados y por las escoltas de los Generales Arredondo y Castro que guardaban los flancos, bajo el comando del Teniente Coronel Burgueño y del mayor Valiente, protejidos por los Batallones 3º y 5º al mando de los Coroneles Amilivia y Vissillac: todo á las inmediatas órdenes del Gefe de las infanterías, Coronel D. Eduardo Vasquez.—

El Batallon 4º cubria el ála derecha de la línea; en la izquierda, el Batallon 2º y la compañía de Italianos á órdenes del Mayor Costa. Guardaba el estremo derecho la Escolta del General Castro, y el estremo izquierdo, la Escolta del General Arredondo—En este órden se batió á la vanguardia del Ejército de Tajes haciéndola abandonar las posiciones que ocuparon sus guerrillas avanzadas, compuestas del 1º y medio del 3º de línea, al mando de los Te-

nientes Coroneles Amuedo y Soberan, y protejidos por el Regimiento de Caballería de Villar y por la Division Paisandú.—Al avanzar, curvando la línea para cruzar los fuegos, una guerrilla enemiga, oculta, hizo fuego á corta distancia é inesperadamente á los tiradores de la Escolta del General Arredondo, matándole el caballo á su Gefe el Teniente Coronel Burgueño. Este cargó valientemente con sus tiradores haciéndole abandonar la posicion á la guerrilla enemiga.—Nuestra línea ganó terreno hasta que se ocuparon las posiciones avanzadas que tenía el enemigo; allí se hizo alto; el fuego arreciaba. En esa situacion llegaron las caballerías que habian protegido á Mena, y así como éste gefe con su escuadron.—El General Castro los proclamó y mandó al Coronel Cortés y al Comandante Mena que avanzaran hasta la línea por el flanco derecho: el Coronel Puentes por el flanco izquierdo y al Coronel Salvañach que guardara la retaguardia de la infantería desplegada en guerrilla, pasando inmediatamente el General Castro á recorrer la línea. Ha-

bló con el Coronel Eduardo Vazquez y éste le dijo:—" General: no me parece prudente que siga vd. sobre los fuegos del enemigo". Castro volvió á retaguardia.

Ante la presencia de nuestra caballería las fuerzas de Vilar se retiraron. Cesó entonces el fuego en nuestra línea, aunque continuamos sosteniendo las posiciones ocupadas. Media hora despues, el Coronel Vazquez recibió órden de hacer replegar las guerrillas y de que los batallones volvieran al campamento... Vazquez, Ramirez, Ordoñez, Burgueño, Herrera, Costa, Fustel, Batlle, Perelli, Lamas y Solari, inspiraron á sus soldados en este primer combate el mas alto concepto acerca de su valor. Justo es hacer constar igualmente que desde el momento de empezar la accion acudieron á formar en las guerrillas, como simples tiradores, los Doctores Luis Gil, Martin Aguirre, Sr. Alfredo Rivera y Comandante Cruz Guerrero. Este último desempeñó funciones de Ayudante trasmitiendo órdenes del General Arredondo á los sitios de mayor peligro.

Tres heridos gubernistas fueron recoji-

dos por nuestros infantes. Estaban sobre la línea que ocuparon las guerrillas avanzadas del enemigo. Tuvimos nosotros trece bajas: tres muertos y diez heridos. Cayó entre estos últimos el jóven Luis Napoleon Gil. Un proyectil remington le atravesó el cuerpo, interesándole el pulmon. Fué herido en una guerrilla, y en circunstancias en que hablaba con el capitan José Batlle. El jóven Adolfo Saenz y uno de los doctores Gil acudieron en su auxilio, levantándolo. Cuando lo llevaban á las ambulancias, y á poco andar, se sintió desfallecer el herido: entónces con voz débil dijo:—

—Esto poco dura; pero mi vida nada importa siempre que triunfe la revolucion y consigan ustedes ser felices!....

Mas tarde llegó á la línea el doctor Teófilo Gil, hermano del herido preguntando al capitan Batlle.

—Qué tal el muchacho? ¿Cómo se ha conducido?

Siendo satisfactoria la contestacion, el doctor Gil se retiró diciendo:

—Mañana alguno de nosotros vendrá á ocupar su puesto.

Al anochecer se dió órden de marcha despues de haber *churrasqueado* la infantería. El General Arredondo propuso al General Castro que en vez de seguir la direccion que llevábamos hácia Tacuarembó la cambiáramos tomando hácia el Queguay. Castro objetó que no convenía abandonar el camino de la cuchilla á Tacuarembó por que si tomábamos al Sud, la Division Paysandú, que había sido dejada esa tarde en las caidas al Queguay, nos impediría los pasos empeñándonos en combates que nos harian perder tiempo dando lugar á que el ejército de Tajes nos alcanzara. Por el contrario internándonos hácia Tacuarembó nos aproximábamos á la zona en que la abundancia de caballadas era mayor y podríamos más fácilmente esquivar peligros y llegar cuanto ántes á los departamentos donde sérios contingentes nos esperaban. Tomósele opinion al Gefe de Estado Mayor, Coronel Rodriguez. Este se manifestó completamente de acuerdo con las ideas del General Castro. El General Arredondo dijo entónces:

—Perfectamente: no me opongo. Castro es quien manda.

—No—objetó Castro—no se trata de eso, compañero, sinó de adoptar lo que más convenga.

Ya había oscurecido. Terminada la cura de los heridos y el arreglo de éstos en los carros se dió la órden de marcha. La columna se puso en movimiento con todo sigilo cual lo requería el hecho de tener á poca distancia al enemigo. Llevábamos todavía como quinientos infantes á pié.

La noche estaba húmeda y oscura. Se habia dado órden de no fumar y no encender fósforos en la columna. Marchábamos en silencio: apénas se oian las pisadas de los caballos y el rodar de las carretas sobre las piedras: ni una voz, ni una palabra, ni un diálogo entre los compañeros.

Ibamos entregados á las impresiones del dia y á las dudas é incertidumbres del futuro. El espíritu de la columna era fuerte, entusiasta y patriótico. Aquellos soldados voluntarios, agobiados por la fatiga de una marcha tan penosa, descalzos en su mayor parte; pues preferian la falta del calzado, al tormento de marchar con los

piés destrozados y oprimidos—no flaqueaban en ningun momento, no proferian ninguna queja y se mostraban siempre resueltos, animosos y abnegados. De vez en cuando se daba un pequeño descanso, que era aprovechado por los infantes para tenderse sobre el campo sin observar las condiciones del terreno. Muchos, tal era el cansancio, quedaban dormidos en el acto, hasta que un sigiloso *siga la marcha* venia á despertarlos llevándolos nuevamente á la columna. Durante la marcha tuvimos conocimiento de que entre nuestros muertos del dia se encontraba el apreciado jóven Arturo L. Plaza, vecino de Mercedes, que pertenecia al Batallon Amilivia. A las 12 de la noche llegamos á la casa de un señor Soto, donde se dejaron los heridos nuestros y los tomados al enemigo. La columna hizo alto y la tropa pudo descansar una hora, mientras se procedía al alojamiento de los heridos. Los dolorosos quejidos de éstos interrumpieron momentáneamente el silencio que reinaba en el campamento.

Allí quedó Luis Napoleon Gil, especialmente recomendado por el General Castro.

Aparte de esto, su hermano Luis Maria Gil, encomendó á una mujer, pagada con largueza, el cuidado del herido. A la una de la mañana seguimos la marcha. Continuaba el mismo órden: guerrillas de tiradores desplegadas á los flancos, á vanguardia y á retaguardia, con los-infantes desmontados al centro.... Al asomar el sol del dia 31 de Marzo estábamos á siete leguas del campo donde se efectuó el combate del dia 30. Continuamos la marcha hasta llegar al arroyo de Araujo. Allí, á las 9 a. m. se hizo alto para que la tropa comiera y descansara. De antemano, se habian hecho matar una cantidad de *capones* en la costa del citado Arroyo. A las 10.30 a. m. el Mayor Acosta que ocupaba la retaguardia comunicó que hácia nosotros, y por el camino, se dirigia una partida de cincuenta hombres, marchando al galope de los caballos. Al poco rato anunció que eran doscientos; mas tarde que eran seiscientos y finalmente que era una fuerte columna. Efectivamente, teníamos á poca distancia la vanguardia de Tajes. Inmediatamente los clarines de nuestro ejército tocaron

atencion y los batallones ocuparon sus puestos formando en columna, para continuar la marcha. Se ordenó que el parque y convoy marchara á vanguardia. El enemigo avanzaba rápidamente; y nuestra tropa, confiada en la santidad de la causa y en la pericia de los Generales y animada por el recuerdo de la jornada anterior, esperaba con entusiasmo el momento de entrar en combate. Se mandó que el Comandante Mena y el Mayor Acosta, desplegaran en guerrilla sus tiradores en una colina que quedaba á nuestra retaguardia y que se batieran en retirada. Se les mandó proteger por el Escuadron de caballeria al mando del Coronel Cortés y por una compañia del batallon 4° á las órdenes del Capitan Riffau. El resto de ese batallon, al mando del Comandante Ordoñez quedó agazapado sobre el arroyo de Araujo El gefe de las infanterias, Coronel Vazquez, recibió órden de hacerlo desplegar en guerrilla, oportunamente, para que se batiera en retirada. Aun no se habia puesto en movimiento la columna, cuando se oyeron los primeros tiros á retaguardia. Nues-

tras fuerzas se estendieron por la costa del arroyo Araujo. A los flancos y al frente teníamos elevadas colinas: una de ellas coronada de palmares. A nuestra derecha habia una casa de azotea y mas adelante un corral de piedra, á propósito para trinchera en caso de ataque....... El fuego empezó á las 11 a. m. Nuestra columna marchaba lentamente, mientras el enemigo se aproximaba con rapidez. El General Arredondo, interrogado sobre la conveniencia de tender línea de batalla, decia:

—No debemos hacer alto. Esa es la vanguardia de Tajes y lo que quieren es entretenernos para que el grueso del ejército nos dé alcance. Los tirotearemos hasta la noche y luego nos iremos.

Marchábamos lentamente con la caballería á los flancos. La compañia al mando del Capitan Riffau, que protegia á Mena sostuvo heróicamente la retirada, distinguiéndose por su valor los oficiales Rivero y Hermelo. Fué necesario protejer esas guerrillas y avanzó el resto del batallon. El valiente Comandante Ordoñez se vió obligado á sostener una lucha muy desigual.

Cuando los fuegos del enemigo comenzaron á diezmar su batallon, acudió á protegerlo el Teniente Coronel Octavio Ramirez con el cuerpo de su mando y la compañia de italianos á órdenes del Mayor Costa. El fuego arreciaba y el entusiasmo crecia entre nuestros soldados.

Nuestra columna continuaba la marcha. Cuando nos aproximábamos á la colina resguardada por los palmares, todos pensamos: "Aquí ván á tender línea de batalla." Pero fué grande nuestra equivocacion. Seguimos retirándonos paso á paso. Entretanto el enemigo reforzaba sus guerrillas y procuraba curvar sus álas para hostilizarnos por los flancos. Nuestras caballerías contenian valientemente el avance de las del Gobierno. Así marchábamos y así hubiéramos seguido hasta la noche, como decia el General Arredondo, si detrás de la vanguardia no hubiera estado el ejército de Tajes. A las 12.30 p. m. oímos el primer disparo de cañon. Semejante lenguaje nos dijo claramente que teníamos á nuestra retaguardia al ejército del Norte. En efecto, al poco rato se avistaron las columnas que

ordenadamente subian y bajaban las cuchillas. Eran mas de 5.000 hombres: y segun hemos sabido mas tarde el ejército gubernista se componia de 2.100 infantes, 120 artilleros con 8 piezas krupp y 3.200 ginetes. El fuego del enemigo se duplicó en ese momento. Se mandó entonces que los batallones 3° y 5° desplegaran en guerrilla, el primero sobre el flanco izquierdo y el segundo sobre el flanco derecho. Nuestra columna entraba en ese instante á un callejon alambrado. Nuestros compañeros caían heridos por la espalda: y aunque todos ansiábamos dar frente al enemigo, el General Arredondo no trasmitia mas órden que esta: *Siga la marcha!* Los Coroneles Amilivia y Vissillac, gefes entusiastas en la pelea retemplaban á sus soldados con voces varoniles. De pronto cae herido el Coronel Amilivia. Sus hijos y los Ayudantes Hipólito Gallinal y Guillermo Melian Lafinur, se apresuran á levantarlo llevándolo á las ambulancias. Al pasar frente al General Arredondo, Amilivia dice:

—General: voy herido. Si no es grave, volveré á mi puesto.

El Coronel Vissillac se dirige apresuradamente hácia el parage en que se encuentran los Generales. Al enfrentar á la 1ª compañia del 1º, un proyectil remington pega en la culata del fusil de un soldado, desvía la direccion y penetra en el cuerpo del Coronel Vissillac. Cae este, lo levantan, el batallon lo viva y él, pálido y desfallecido, atina aun á quitarse el sombrero y corresponder al saludo. Los batallones 3º y 5º, al verse sin gefes, sufrieron la desmoralizacion inevitable: sin embargo se mantuvieron en su puesto. El enemigo nos hostilizaba por retaguardia, por el flanco derecho y pretendia cruzar sus fuegos por el flanco izquierdo. En este momento el Capitan Juan J. Diaz de la 1ª compañia del batallon 5º tiende una guerrilla sobre un alambrado y contiene el avance del enemigo por el flanco izquierdo. De pronto repercute entre la juventud de Mondevideo una tristísima noticia. Teófilo D. Gil, el brillante escritor y abnegado ciudadano, ha caído mortalmelte herido! En efecto, aquel valeroso y distinguido compañero, que venia al campo de batalla á sostener con el

remington, en la humilde categoria de soldado, las nobles ideas que con hábil pluma habia sostenido en la prensa—estaba herido de muerte. Apesar de las circunstancias difíciles en que nos encontrábamos, el fúnebre anuncio repercutió con rapidez eléctrica produciendo desaliento en unos, y en otros el estallido de patriótica indignacion. Sobre su muerte tuvimos despues estos detalles: el batallon de Amilivia iba marchando en retirada y sufriendo frecuentes pérdidas. Hubo un momento en que toda una compañia pretendió rebelarse contra la órden de marchar sin hacer fuego; y hubieran dado frente al enemigo á no ser las amenazas de los Sargentos Mayores Garcia y Ponce. El Dr. Teófilo Gil marchaba hácia la derecha del peloton que formaba el 3^{0}, algo separado de la fila. Alto y bizarro, su figura se destacaba sobre los grupos. De pronto, abre los brazos y cae de boca. El sargento Narciso Rial, del mismo batallon, corre á levantarlo. Gil le dice:

—Estoy herido: siga no más!

Una bala de remington le habia atrave-



DOCTOR TEÓFILO D. GIL

sado el cuerpo. Poco despues dos de sus hermanos lo levantan, lo colocan sobre un caballo, lo retiran del sitio: pero como á las diez ó doce cuadras se convencen de que solo llevan un cadáver. Pobre Teófilo! La juventud oriental tiene el sagrado deber de recoger esos restos queridos y depositarlos en un monumento que perpetue el recuerdo de aquella luminosa inteligencia y de aquel grande y noble coruzon! El plomo de la tiranía ha hecho cesar el brillo de esa inteligencia y los latidos de ese corazon: pero ya el poeta lo ha dicho:

Que si la muerte su existencia trunca,
Los muertos como Gil no mueren nunca!....

....

Hubo un momento en que las guerrillas que protegian nuestra retirada, tanto de retaguardia como del flanco izquierdo, tocaron sus espaldas en la columna; y así en ese órden cerrado y en peloton continuamos la marcha mientras el enemigo coronaba las cuchillas y nos quemaba por la espalda. Nos venian diezmando impunemente; á cada instante caia un nuevo com-

pañero. Qué momentos tan solemnes y terribles! Nosotros mirábamos al General Arredondo que iba al frente de la columna, con la misma tranquilidad é indiferencia que cuando marchábamos por Entre-Rios, y nos preguntábamos: "Qué piensa este hombre? Pretenderá hacernos matar á todos como á traidores?" Y enseguida recordábamos los anuncios de la prensa santista: "Morirán fusilados por la espalda." Ya se comprendía que la retirada no podria prolongarse hasta la noche. Por qué no se intenta entonces un pequeño esfuerzo, presentando batalla al enemigo? Morir por morir, es preferible la muerte en el ardimiento de la lucha que en la desesperacion de una retirada imposible. De pronto el General Arredondo manda que los infantes suban á la grupa de los soldados de caballería. Opinamos que será para marchar con mas rapidez. Pero no! Continuamos á paso de tortuga. Esto es insoportable y nadie se esplica la conducta de los Generales. Dicen que no podemos presentar batalla, porque estamos en la desproporcion de uno para cuatro: pero, ¿qué debemos

hacer puestos en la alternativa de morir huyendo ó de morir peleando?....

A las cuatro de la tarde el batallon de Ramirez y el de Ordoñez piden municiones. El Gefe de Estado Mayor, Coronel Rodriguez manda á su ayudante Miguel César al Parque con el objeto de traer uno de los carros que las contienen. Mientras se efectúa esta operacion se ordenó que el batallón 1º que, todavía no habia entrado en pelea, proveyese á las guerrillas con parte de sus municiones. El Coronel Bernabé Martinez fué encargado de hacer cumplir la órden. La caballería que guardaba nuestro flanco izquierdo, reducidísima para contener las del enemigo, fué obligada á retirarse hasta la línea del Parque, quedando todavia en sus puestos las del flanco derecho. El Coronel Urán, que mandaba aquellas, tendió una guerrilla sobre el Parque para defenderlo. En esto una metralla revienta sobre el cuerpo del valiente gefe y lo mata. Su gente, desmoralizada, se retira dejando abandonados varios carros con municiones, armas, recados y algunos heridos,

El Dr. Dávison y su Practicante Amargós efectuaban la primera cura á varios de de estos heridos, é idéntica operacion realizaban en otros carros el Cirujano Mayor del ejército, Dr. Imas. Dávison vé comprometida su posicion: toma entónces una carabina, se improvisa en gefe, se impone á los dispersos que pasan por su lado, procura entusiasmarlos cón alocuciones patrióticas y tiende una guerrilla para defender sus heridos.

La infantería enemiga ha logrado cruzar los fuegos y en esa forma nos hostiliza durante largo rato. Parece que esto toca ya á su terrible desenlace. El General Arredondo, antes de llegar al arroyo de Soto, manda echar pié á tierra al batallon 1^{0}, el cual despliega en guerrilla dos compañias. En este momento vemos aparecer al Dr. José Pedro Ramirez, armado de una carabina. Habla algunos instantes con el General Arredondo — demostrando en sus movimientos una completa decision y entereza—y viene á formar como guerrillero en las filas del batallon mandado por Dominguez. El Coronel Salvañach, que ocu-

paba su puesto sobre el flanco derecho, conteniendo valientemente el avance de la caballería enemiga hizo retirar los caballos del 1° en cumplimiento de órden superior. Al pasar por uno de los flancos ese batallon lo vivó. Al retirarse, fué herido uno de sus oficiales: se baja Salvañach, lo levanta, lo venda, y lo lleva alentándolo. Estábamos ya en los momentos más críticos. Era casi imposible impedir la dispersion y el desbande. Apenas salimos del camino alambrado la columna, comenzó á desgranarse.

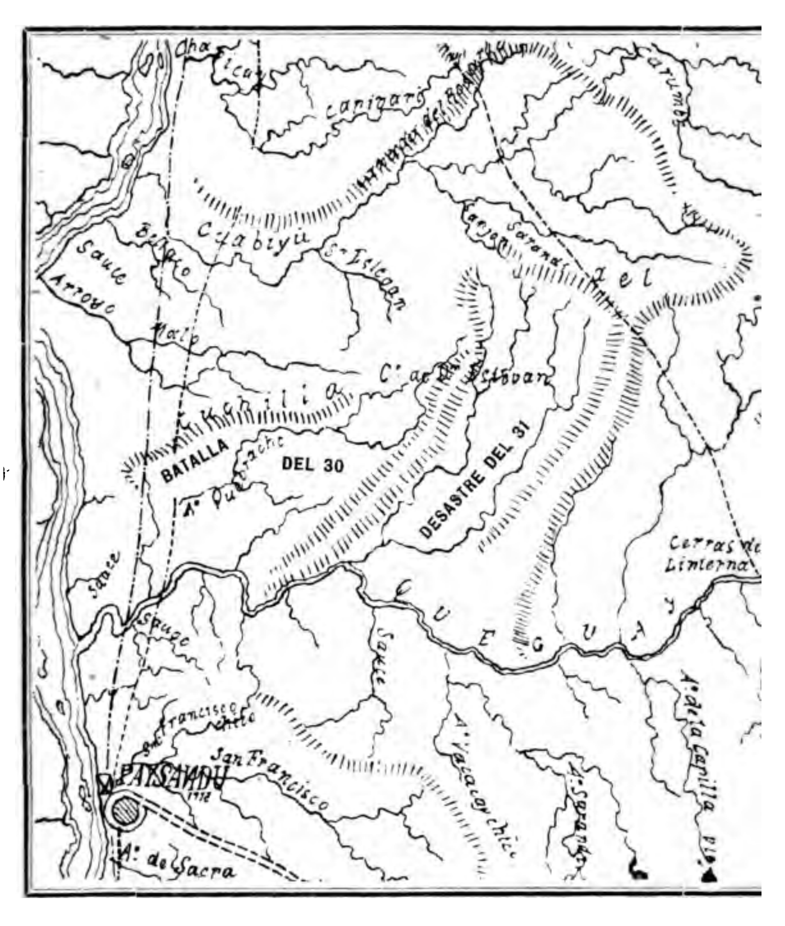
Resultó de aquí que se perdiera el órden de la formacion: ya nadie mandaba ni nadie obedecía. Se luchaba individualmente: nuestros compañeros, acozados, hacian fuego en desórden, sin mas iniciativa ni mas inspiracion que la suya propia. Algunos suplican á los Generales que nos hagan pelear reorganizando los grupos dispersos. Nada! La espantosa confusion se produce y nace de aquí el desbande. Serían las 4.30 p. m. Solo el batallon 1° que habia entrado último en pelea, sostenía el fuego con bastante vigor A su retaguardia estaban los

Generales Castro y Arredondo. En el semblante de estos hombres se reflejaba la contrariedad profunda que debia embargarles en momentos en que solo se asistía al desastroso desenlace. Ya todo estaba perdido: la caballería enemiga, en sus movimientos envolventes, nos habia tomado el Parque. No teníamos municiones para luchar con el ejército de Tajes. Algunos soldados empezaban á tirar los remingtons. Eran ya una carga inútil!

En ese estado, varios oficiales y ciudadanos distinguidos de la composicion de nuestro ejército, pidieron al General Castro que parlamentára: que él solo podia salvar los restos de nuestra juventud. El General Castro contestó en voz alta:

—Yo no me entrego prisionero bajo ninguna forma. Levantaré parlamento para los que lo solicitan y para aquellos que quieran someterse á él.

Habló luego con el General Arredondo y llamó en seguida á un Oficial de su escolta, ordenándole que llevára el parlamento. El oficial se rehusó, diciendo; "—Tengo miedo que me degüellen!" Entónces uno de



TEATRO DE OPERACIONES

los hijos del General Castro—creemos que Juan José—se apeó del caballo, sacó una tohalla, la colocó en el extremo de una lanza y la levantó como bandera. El enemigo, desconociendo esta convencion de la guerra, hizo fuego sobre la bandera. Sin embargo el jóven Castro marchó con ella dos ó tres cuadras, y como continuaran haciendo fuego y arrojando metralla, la dejó clavada en una cuchilla. El General Castro se aproximó entónces al General Arredondo, diciéndole:

—Compañero: no aceptan el parlamento!

Ignoramos lo que contestó el General Arredondo, pero desde ese momento ambos Generales se separaron. Cada uno llevaba un pequeño grupo de oficiales y ayudantes. Serian entonces las cinco de la tarde próximamente. Ya las caballerias del enemigo caían, sable en mano, sobre nuestros dispersos imponiéndoles rendicion Cuando los Generales se retiraron el enemigo estaba á unas tres cuadras de ellos. En esos terribles momentos la desesperacion hizo proferir amenazas é insultos á los Generales.

Ignoro aún si habrá razon para ello: pero lo que sí creo es que teníamos sobrado derecho para estar descontentos de su direccion. En retirada pasamos al costado del General Arredondo y oimos que uno de sus ayudantes le decia:

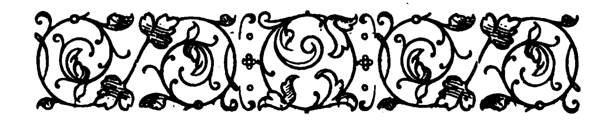
—"Apure, General que vienen cerca!" Y agregó: "Si quiere vamos á contenerlos dando vuelta!" El General contestó tranquilamente á esto último:

—No se embroman esos.... perdidos!

En ese mismo momento oimos la voz de un lancero enemigo, que venia á retaguardia. Gritaba:—"Arredondo viejo! Ya ca... hijo de...." Habia que pasar un portillo ó tranquera de alambrado. Allí nos agrupamos, impidiéndonos el paso unos á otros. El enemigo estaba encima. Aquel fué un momento de terrible ansiedad. Ví allí cerca al Dr. Imas, al Comandante Burgueño, á Cruz Guerrero, al Dr. Aguirre y á Mena. Estos últimos acababan de ser heridos. Un grupo de correntinos, á cuyo frente iba un Mayor Suarez, al reconocer á Arredondo,

sujetaron los caballos, gritando: — "Salvemos al General!" Y dieron vuelta haciendo unas descargas al enemigo. De este modo salvamos aquel pasillo endemoniado. Desde ese momento la persecucion fué menos viva.





IX

El General Arredondo—Su marcha al Brasil

Despues de aquel incidente, que algunos compañeros denominaron de la *tranquera*, en que el General Arredondo se encontró sériamente amenazado, la dispersion se trocó en espantoso desbande, donde nadie pensaba en otra cosa sino en salvar la vida. La posesion de un buen caballo era una fortuna á la vez que un peligro; pues los mismos compañeros, perdiendo en general y de improviso todo sentimiento de comunidad, estaban dominados por el egoismo de la materia amenazada: y algunos de ellos, hombres sin educacion, hubieran sido capaces de cometer un crímen, para adqui-

rir el medio de movilidad que los pusiera en salvo. El campo que se abandonaba ofrecia un aspecto doloroso; soldados que huían á pié arrojando las armas: otros que se despojaban precipitadamente del uniforme: otros que caían muertos ó heridos, agitándose sobre la yerba calcinada por el ardiente sol de ese dia: cadáveres rígidos y ensangrentados, maletas abandonadas, vainas de espadas, monturas, piezas de ropa, bayonetas, fusiles, cananas, etc. A nuestra espalda el vocerío de los vencedores: las notas de las cornetas que entonan la diana de la victoria: las injurias y las amenazas proferidas á gritos; los últimos disparos del remington oficial y las balas que pasan silbando sobre nuestras cabezas. Mas léjos, allá en las últimas cuchillas que se divisan á retaguardia, vemos—cada vez que los ojos se vuelven hácia los perseguidores,—tras una cortina de polvo que los rayos del sol hacen transparente, una masa negra que desciende en la misma direccion que nosotros llevamos. Es el ejército del General Tajes! Cuánta alegría debe haber allá y cuánta tristeza se refleja en nuestros sem-

blantes. No falta aquí quien moje la cabezada de la montura con alguna de esas lágrimas que los hombres derraman dos ó tres veces en la vida, cuando les abruma el peso de algun grande infortunio. Aquí se puede llorar el infortnnio de la patria. Todos vamos silenciosos, uraños, sombríos, entregados á nuestro propio dolor.

El General Arredondo, sereno, impasible como siempre, lleva su caballo al galope. El hombre que le acompaña de cerca, es su ayudante D. Fructuoso G. del Busto, que no se ha separado ni un momento del General.... A las 6 p. m. el cielo empieza á nublarse y algunas ráfagas tibias nos azotan el rostro: despues una niebla espesa, y luego una lluvia menuda que es incómoda, pero que favorece nuestra retirada. Fl General Arredondo se incorpora al grupo encabezado por el Coronel Laudelino Cortés, al pasar por la estancia del señor Zuasnaba. Durante la marcha notamos que el General Arredondo ha perdido por completo su autoridad y prestigio. Tiene *que pagar diez libras esterlinas para que uno de* SUS SOLDADOS *le dé un caballo!*

El 1° de Abril encontramos al Coronel Salvañach que marcha al frente de un grupo de 80 hombres. Antes de pasar el Daiman, el Capitan Martirena sorprende á unos soldados del Gobierno que conducen una caballada y se las quita. Del otro lado del Daiman se reunen nuevos grupos hasta formar una columna de 200 hombres. Al frente de la cual marchan el General Arredondo, Coronel Salvañach, Comandante Marote, Burgueño, Escalada, Oviedo y otros jefes. El Capitan Martirena marcha en calidad de vaqueano, y puede decirse que á él debe su salvacion el General Arredondo. Martirena guió á los dispersos, desde el campo de batalla. Seguimos marcha sin inconveniente ninguno hasta la 1 p. m. en que nos decidimos á tomar algunas horas de descanso. Ya no era posible continuar marchando. Puede decirse que estábamos sin dormir, y en contínuo movimiento, desde la noche del 27 de Marzo. Á las 6 p. m. nuestros bomberos vinieron á despertarnos anunciándonos que estábamos amenazados por las fuerzas del Comandante Leleu, gefe del Gobierno, que

marchaba precipitadamente en persecucion nuestra. Continuamos la marcha en direccion á la Cuchilla Negra, que es línea divisoria entre nuestro país y el Brasil. Esta jornada la hicimos con mucha celeridad; y apénas habíamos pasado la Cuchilla Negra cuando aparecieron coronando las alturas, las fuerzas santistas. Ya en la frontera brasilera, el General Arredondo, seguido de los gefes superiores, se presentó á la Comandancia donde en ese punto se encuentran las primeras guardias imperiales. Los recibió un Teniente apellidado Lima, que fué el único entre los oficiales y gefes brasileros que nos trató con alguna consideracion y respeto....................

En la noche del 1º al 2 de Abril, al Teniente 1º Emilio Erausquin, de la fuerza de Salvañach, ocurrióle un incidente que pudo costarle la vida. Durante la marcha se durmió sobre el caballo. De pronto despierta sobresaltado al sentirse oprimido por los brazos; y vé que de su lado huyen algunos ginetes. Quiere tomar las riendas y se encuentra atado por la espalda: mira á todos lados y vé que se ha alejado de la

columna. Hizo un violento esfuerzo, se zafó de las ligaduras y se unió á los compañeros. Supone que algunos correntinos intentaban separarlo de la columna para robarle....Serian las 4 p. m. del dia 2 cuando pisamos territorio brasilero. El oficial del Imperio nos internó como dos leguas, diciendo: "Tomo esta medida para asegurarles de cualquier avance de las tropas de Santos. Esa gente es capaz de todo, y yo no podria contrarestar el golpe." Pasamos la noche en un potrero: algunos conservaban sus armas, y otros las habian tirado ó vendido por el camino. Un soldado á quien se conocia por el *Rubio* fué víctima de sus vicios. Durante la noche pasó la calle que divide los dos Estados, con el único objeto de visitar una pulpería situada en las inmediaciones. Al siguiente dia el cadáver del pobre *Rubio* apareció tirado en el camino. Estaba bárbaramente degollado!....En la mañana del dia 3 se hizo entrega de las armas á las autoridades del Imperio. En momentos en que los gefes revolucionarios se encontraban detenidos en la Comandancia, llegó de la frontera oriental,

un individuo llamado Juan Nicrosse, que decian era Sub-Delegado Político de Rivera. Ese individuo entró, preguntando á gritos y en tono de mofa: "Qué tal esos revolucionarios? Dónde está ese coronel Salvañach?. . . ." Y se reia á carcajadas, aprovechando, como era natural, la circunstancia de hallarse bajo la proteccion de las autoridades brasileras. El comandante Ovidio Escalada, que lo conocia, le contestó:— "El comandante Salvañach está allí! (y le señaló una habitacion) Y aquí estoy yo y conmigo esta pistola (agregó amartillando el arma) para hacerle volar los sesos á vd. si no se retira inmediatamente; pues no puedo soportar la presencia de orientales abyectos y miserables que para conservar el puesto son capaces hasta de entregar al tirano el honor de sus familias!" Nicrosse no esperó mas, y se retiró sin contestar una palabra. . . . A las 8 de la noche se tuvo noticia de que habia llegado un piquete del 4º Regimiento de caballería. El Gefe de los guardias ordenó al General Arredondo y á los demás oficiales superiores que se presentaran al gefe de aquella fuerza, ór-

den que cumplieron poniéndose en marcha inmediatamente hácia el punto donde estaba acampado el piquete imperial. Llegamos á las 10 de la noche, poniéndonos á disposicion del que mandaba ese piquete. A las 8 a. m. del dia 4 seguimos marcha en direccion á Santa Ana de Livramento. A las 4 p. m. acampamos en la costa de un arroyo, cuyo nombre no pudimos saber, á pesar de haber interrogado á algunos de los soldados que nos custodiaban. Reanudamos la marcha á las 6 de la tarde. En virtud de lo accidentado del terreno y de las tortuosidades del camino, hubo momentos en que pasamos por territorio oriental. Desde temprano empezó á llover copiosamente, aumentándose así lo desagradable de nuestra situacion. Marchamos todo el dia: á la entrada de sol acampamos en unos cerros de piedra. En este parage el gefe de la fuerza brasilera nos comunicó que solo marcharian á Santa Ana los gefes, desde capitan para arriba. La tropa iria despues. En la madrugada del dia 5 continuamos la marcha, siendo guiados por un vaqueano brasilero.

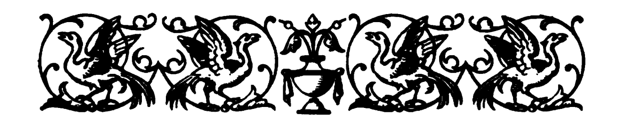
A las 11. 30 a. m. llegamos á Santa Ana. Los gefes superiores fueron alojados en el Hospital del 4º Regimiento de caballería. En las camas de los enfermos, cuyas sábanas conservaban manchas de remedios y otras materias, nos hicieron dormir!! El General Arredondo ocupó una, donde no era posible resistir el olor á ácido fénico!! La tropa, que llegó mas tarde, es decir, nuestros soldados, fueron acampados al aire libre, frente al cuartel situado en un parage que tiene por nombre Cerro-Chato. Apesar de que nuestros estómagos reclamaban alimento, nadie nos ofreció nada. Recien á las 6 p. m. aparecierón unos negros con unas ollas de *fechoada*, que es un engrudo formado con fariña y porotos. Esta fué la comida que se ofreció al General Arredondo y demás gefes. Como no habia platos, todos metimos la cuchara en las ollas, comiendo, como buenos compañeros de desgracia, en un plato comun. Los oficiales subalternos y soldados estuvieron aunque parezca inverosímil—sin probar bocado durante esa noche!! . . . . Empiezan aquí nuestras mayores desventuras: los oficiales

brasileros, creyendo sin duda que nosotros éramos sus prisioneros de guerra, y entonados al vernos sin armas, nos trataban como á negros esclavos. Apenas llegamos, empezaron á presentarse individuos, alegando derechos á la propiedad de nuestros caballos. "Esse cavallo é meu." "Esse outro é de meu parente." "Aquelle é de meu irmâo." "Aquelle de meu amigo Fulano, é Zutano, etc.!" En fin, resultó que todos los caballos que traíamos eran robados á personas de la localidad!! Las autoridades, con una solicitud asombrosa, atendian á los reclamantes y les entregaban nuestros caballos, dirigiéndonos miradas furibundas, como si quisieran comernos con los ojos. Ah, ladrones! Ya les llegará el ajuste de cuentas! . . . . A las siete de la mañana, sin darles de comer y despues de haberles robado hasta el último caballo, las autoridades pusieron en libertad á nuestros soldados. El cuadro que presentaban, súcios, harapientos, con las ropas mojadas, llevando en el rostro las señales de la fatiga y del hambre, partia el corazon. Así vagaron por las calles, y hubieran muerto de hambre, á no

ser la generosidad del vecindario, que protestaba indignado contra la barbárie de las autoridades. En el acto se formó una Comision de Socorros, la que, en nombre del pueblo atendió solícitamente á los necesitados. Es deber de justicia recordar aquí á las personas que componian esa Comision, señores: Guillermo Diaz, Miguel Iriondo, Laureano Rodriguez, S. Osorio, Carolino Lupe, Víctor Saenz y Mena Hnos. Esta Comision nos facilitó ropas, dinero y caballos. Los Sres. Osorio, Iriondo y Rodriguez hicieron gala especialmente de su generosidad — que nunca agradeceremos bastante—atendiendo en su propia casa á muchos emigrados. Debemos hacer notar que una gran parte de los caballos que nos robaron en la Comandancia, fueron vendidos por los propios ladrones á las personas que nos protegian y para nosotros mismos!! Todo esto, con asentimiento y quizá participacion de las autoridades!!. . . . En aquel punto nos separamos del General Arredondo: ese dia debian internarlo á Porto Alegre. Los Sres. Osorio, Rodriguez é Iriondo llevaron su deferencia hasta acompañarnos

en el camino, dejándonos á dos leguas de Uruguayana. El vecindario de esta poblacion fué igualmente noble y generoso con nosotros. Parecia que el pueblo brasilero, avergonzado de la barbárie de las autoridades, queria remediar la obra de aquellas, dispensándonos la acogida fraternal que el oficialismo nos negaba.............. ...





X

El General Castro

Personas sérias hacen esta referencia sobre la salvacion del General D. Enrique Castro: Salió del campo de batàlla con su caballo herido y acompañado de algunos gefes y oficiales, tomando hácia el Norte, en sentido contrario al rumbo que llevaba la persecucion. Hizo alto á corta distancia, en medio de dos cuchillas que lo ocultaban á la vista del enemigo. Los caballos se caian de cansados, y otros morian por efecto de las heridas. Ocultos en el bajo, el General Castro y sus compañeros esperaban la noche para continuar marchando. En tal estado fueron descubiertos por tres hombres del ejército enemigo: el Coman-

dante D. Claro Pereira, un oficial y un soldado. Pereira reconoció al General Castro y lo trató como á su superior gerárgico, ya fuese por temor al mayor número ó porque la presencia del antiguo gefe le impusiera esa conducta. Sin embargo, Pereira mandó al soldado con el anuncio de que tenia prisionero al General Castro, lo cual está confirmado por el parte oficial que pasó despues el General Tajes. El General Castro, hablando con Pereira, le dijo que no podian moverse de allí por falta absoluta de caballos; y Pereyra, en la persuacion de que Castro lo acompañaria al campo de Tajes, le hizo traer tres ó cuatro mancarrones. Cuando el General Castro y algunos de sus acompañantes estuvieron montados, aquel se dirigió resueltamente á Pereira diciéndole:

—Comandante, yo me voy. No estoy dispuesto á dejarme tomar prisionero! Le recomiendo á los que quedan á pié. Vd. que nunca se ha manchado, no se manche ahora, y respete á esos orientales vencidos!

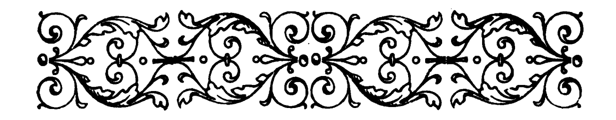
El General Castro se retiró acompañado del Comandante Robido, de los Capitanes

Juan J. Diaz y Daniel Castro (este herido) y Ayudantes Luis Machado, Juan José y Juan B. Castro. Marcharon en direccion á Tacuarembó: pero luego variaron de rumbo dirigiéndose hácia el Salto. Durante toda la noche apénas caminaron seis leguas. Llegaron á la estancia de un hacendado brasilero y allí permanecieron ocultos todo el dia 1° de Abril. Apénas oscureció se pusieron en marcha. Al aclarar del 2 de Abril llegaron á la costa del Uruguay, á la altura del Hervidero.

Consiguieron allí un bote y pasaron á territorio argentino.

Cuál ha sido la conducta del General Castro? Unos la condenan y otros la defienden. Por nuestra parte creemos que la responsabilidad del desastre cae por igual sobre los dos Generales.......





XI

Causas del desastre

Así terminó aquella patriótica campaña iniciada con tanto ardor y entusiasmo y que contaba con tan importante suma de elementos civiles y militares Dos pueblos, uno indirecta y otro directamente, estaban interesados en nuestra suerte: uno nos daba las simpatias que despierta toda causa noble, y otro ponia en nuestro triunfo todas las esperanzas de un porvenir hermoso. Ambos pueblos han sufrido el mayor y mas doloroso de los desencantos.

Cuáles han sido las causas fundamentales del desastre?

Nosotros no vemos mas que dos:

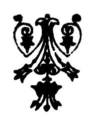
1ª Falta de tino y actividad en la direccion del movimiento.

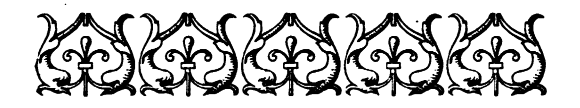
2ª Intromision y deslealtad de un personaje, altamente colocado en la política argentina, y en cuya palabra el General Arredondo tenia fé ciega y cifraba gran parte del éxito de nuestra empresa.

Nacen de aquí estas otras causas secunrías: La desorganizacion de la columna en el momento del pasaje—La imposibilidad de pasar las caballadas—La mala eleccion de los hombres que debian desempeñar comisiones importantes, como la destruccion del puente del Arapey, telégrafos, etc—.La inercia de los hombres del Comité revolucionario en Buenos Aires—Los pronunciamientos anticipados en el Sud de la República—El carácter seco y desabrido del General Arredondo—El haber dejado *almacenada* la artillería—La creencia, fomentada insensatamente entre nuestros soldados, de que la campaña sería un *paseo triunfal* hasta la capital histórica—El profundo desprecio por el enemigo—La falta de audacia de los Generales en los momentos decisivos, etc., etc.

Qué hemos conseguido con ese esfuerzo infortunado? A nuestro entender, queda ahí una fuerte sávia capaz de vigorizar el organismo de un pueblo, que marchaba fatalmente á la pérdida de su condicion viril, para caer, dócil y humillado, bajo el dominio de una oligarquía indefinida. La inaccion produce la anemía: el movimiento es la vida; ¿por qué no ha de ser tambien ahora el preludio de una existencia libre?

Debemos tener confianza en el resultado de nuestras propias fuerzas.





APUNTES

En camino del Naranjito á Concordia el General Arredondo dirigió estas palabras — casi textuales — á una persona que habia llegado de Buenos Aires:

— Le aseguro que en estos dias he sufrido mucho moral y fisicamente. Hasta me parece que estoy mas delgado. Le aseguro que á veces he tenido tentaciones de renunciar en absoluto el mando de esta columna. Nos faltan á última hora elementos importantísimos: las intrigas nos rodean y hasta los amigos nos traicionan. . . .

Parece que con esto último queria aludir á las reiteradas exigencias del Gobierno Nacional Argentino. En cuanto á las intrigas, la persona que hablaba con el Ge-

neral, contestó por cuenta suya y en alta voz:

—No lo estraño, General. Esa ha sido siempre la obra de lo que en nuestro pais se llama *circulito funesto.*

Durante la dispersion del 31, el abanderado de uno de nuestros batallones tiró la bandera. Esta fué recogida por un soldado del mismo cuerpo. A tiempo de enarbolarla, éste fué herido en el brazo derecho, y la bandera cayó nuevamente. Entónces, un soldado vascongado que pertenecia al batallon Amilivia, corrió y levantó el pabellon, agitándolo valientemente. Cuando se vió rodeado por numerosos enemigos, se envolvió en los pliegues de la bandera, gritando:

—Me podeis matar, pero no entregaré la bandera!

En esta situacion corrió su gefe el Mayor Ponce, y le dijo:

—Entréguela, Barrandegui, que ya la lucha es inútil.

El ingeniero Mr. Bergmann fué uno de los personages que mas despertó la atencion de los soldados de caballeria, y casi podría decirse, de toda la columna revolucionaria. Vestia de blanco, botas amarillas y un enorme casco inglés, de verano, con sus correspondientes guarniciones de tul. Al desembarcar, Mr. Bergmann, se encontró con que faltaban caballos. De qué modo trasportaria su enorme montura de campaña, especie de castillo, que habia hecho construir bajo su inmediata direccion en Buenos Aires, en casa de Mattaldi, con todas las comodidades posibles? Mr. Bergmann no podia abandonar aquella prenda preciosa, y en consecuencia, á falta de caballos, hizo traer una vaca y perdió un par de horas ensillándola. Cuando consideró que todo estaba justo y perfecto se encontró con que la lechera, estrañando la carga no queria moverse.... Mas tarde ensilló un espléndida mula, en la que cabalgó durante tres dias. Encastillado en su montura —en cuyas alforjas, cajoncitos y recovecos, llevaba desde los anteojos hasta el bitter,— Mr. Bergmann era digno de pasar á la fo-

tografia. En su carpa habia de todo: instrumentos de ingenieria, mapas, utensilios de cocina, trípodes, capas, ponchos, etc. En momentos de la derrota marchaba á la cabeza de la columna: de trecho en trecho se detenia, sacaba el anteojo, miraba al enemigo, sacudia la cabeza, guardaba el instrumento y chicoteaba la mula. Al pasar por su lado le preguntamos en ese momento.

—Qué dice de esto, Mr. Bergmann?

Nos contestó tranquilamente, mientras señalaba con la mano una posicion que abandonábamos:

—Yo no comprende esto. Ya le he dicho al General porqué no presenta patalla en aquella altura? Pero ahora ya pasa el tiempo. *Esta es la cosa.*

Y siguió tranquilamente hasta incorporarse á un grupo de correntinos, de donde se separaba cuando cayó en poder de una partida del gobierno.

El Dr. Melian Lafinur rompió su espada al verse en medio de un círculo de solda-

dos que le intimaban rendicion. Entonces un corneta del Coronel Villar, lo atropelló sable en mano, gritándole;

—Ahora te voy á degollar de oreja á oreja!

La oportuna intervencion de un oficial de línea, salvó al prisionero. Mas tarde el Dr. Melian Lafinur fué tratado con toda clase de consideraciones por el General Tajes, hasta el estremo de que éste compartió su carpa con aquel.

El valiente oficial argentino D. Miguel Ocampo, intentó suicidarse antes de rendirse al enemigo. Habia luchado como un héroe, y cuando se vió cercado, descerrajóse un tiro de revólver bajo la barba. El proyectil le causó una herida bastante grave. Afortunadamente hoy se encuentra bueno.

Otros siguieron su ejemplo: preferian quitarse la vida antes que rendir las armas. El jóven oriental, de 20 años, J. M. Villar al pronunciarse la dispersion, dijo á su amigo el bravo Teniente Forteza:—Cuan-

do esos bárbaros nos alcancen, me suicido!

Cumplió su promesa, destrozándose el cráneo con un disparo de remington. En momentos de colocar el arma bajo la barba, y al poner un dedo del pié derecho sobre la llave del remington, gritó á sus compañeros:

—Imítenme, muchachos. No se entreguen á esos bárbaros!

Es lógico presumir que estos hechos se deben á la propaganda con que *La Nacion* de Montevideo y otros diarios del Gobierno, pretendian aterrorizar á la juventud.

En las guerrillas del 31 cae herido el apreciado jóven Juan Antonio Magariños. Corre su hermano á auxiliarlo, y el herido poniéndose de rodillas vuelve á tomar el fusil y le gritó á aquel:

—Vaya vd. á cumplir con su deber. Yo estoy bien aquí!

Continúa luchando hasta que un proyectil de remington lo mata, despedazándole el cráneo.

